

# REVISTA DE LEVANTE

Redactor-Jefe:

V. CALVO-ACACIO

V. CALVO-ACACIO

## CRÓNICA

Todo es convencional en el mundo. Llega el día 1.º de Noviembre y las multitudes se trasladan en romería al Campo Santo bajo el pretexto de visitar los sepulcros donde yacen parientes, deudos y amigos.

Durante los demás días del año, en las grandes y pequeñas necrópolis apenas se ve quien rece, medite y llore sobre tumbas queridas; viejas y herrumbrosas flores hacen más triste la soledad de ciertas sepulturas; la mugre de los cristales impide leer las inscripciones mortuorias; quema el sol la cartulina de los retratos, y por centenares de nichos nótase la ausencia total de piadosas manos. La ciudad de los vivos para nada se acuerda de la ciudad de los muertos, el olvido es la ley de gravedad de los corazones; cuando un hombre muere, la constancia de los que le amaron enferma gravemente, no tardará en acompañar al muerto.

Pero llega Todos Santos y los cristales de las lápidas brillan á la luz del sol, el cementerio huele á flores frescas, renuévanse las coronas, se bruñen los bronce, penden de auríferos clavos cornicantes lámparas de ca-

prichosas formas, arden millares de cirios ante las sepulturas, y la ciudad de los vivos vá en tropel como de merienda á visitar la ciudad de los que no existen. Decidme: ¿es que renacen los marchitos recuerdos, es que florecen los antiguos sentimientos?

Apesadumbra confesarlo, pero todo ese despertar de los dormidos afectos, esa piedad que renueva flores, bruñe metales y quema cirios una vez al año, generalmente nace más del culto á los vivos que del cariño á los muertos. Es una costumbre, y aunque el alma se halle lejos, muy lejos, del sér que se perdió, aunque la traición, el olvido absoluto, la cruel indiferencia hayan sepultado *más hondo* á quien tuvo derecho á nuestro cariño, las frescas flores se imponen, han de brillar las luces, hay que limpiar el polvo de las sepulturas, que engañar á los vivos y que fingir por los muertos una solicitud que no se siente, un culto que no se practica... Ya se sabe: turrones en Navidad, por San José buñuelos, meriendas y comilonas por Pascua, el día de Todos Santos panecillos y visitas á los muertos.

Pasará la tarde fúnebre; lagartijas y dragoncillos volverán á sestear junto á los nichos; bandadas de pájaros juguetearán tranquilos por los panteones y el sol y el viento

deshojarán implacables las flores aquellas que sobrevivieron algunos días más al momentáneo afecto que allí las colocó.

No pueden quejarse los ciudadanos de ultratumba; como nosotros, olvidaron; sus muertos también recibieron anualmente la convencional ofrenda; sus flaquezas de ayer, castíganlas con creces las presentes generaciones; así harán las venideras con nosotros.

A la humanidad le es fácil demostrar ó fingir el dolor objetivamente: le hay, desde lo que puede costar una siempreviva, un *crysanthemo*, á lo que vale una pirámide faraónica; pero cuidado con pedirle lágrimas hondas y sinceras, porque una lágrima supone un océano de sentimientos, toda la vida consagrada á una pasión profunda y noble...

¿Pero cómo hemos de llorar lo que deberíamos á los difuntos y dedicarles continuos fervores, si no tenemos bastante tiempo para consagrarnos al culto de las ideas, de los sentimientos y de las virtudes que mueren á diario junto á nosotros en esta inmensa necrópolis mundial?

A un ser le sustituye otro ser; de las cenizas de un afecto nace otro; del egoísmo de vivir brotan los consuelos; en el mundo físico todo es sustituible en virtud de la eterna renovación; mas ¿qué sustitutos darán los espíritus sanos y las inteligencias bien equilibradas al amor, alma del universo; á la justicia, que es su equilibrio, y á la verdad, que es su salud, si llegan á desaparecer del globo como están desapareciendo?

Continuamente tropezamos por ahí con *sepulcros vivientes* que llevan consigo estas terribles inscripciones: *Aquí yace el amor, aquí reposa la justicia, aquí descansan la verdad y la virtud.* Guardan las cenizas del amor esos individuos que, mintiendo especial interés por el prógimo, se apoderan de sus bienes por la usura y de su salud explotando más de lo justo sus energías ó su inteligencia; son urnas cinerarias del amor los escritores que siembran tempestades con la idea de recolectar para sí dulcísimas bonanzas; los políticos que envenenan los pueblos con luchas fratricidas por ansias de poder; los potentados de la tie-

rra, reyes del oro, que con insaciable voracidad inclinan á sus gobiernos hacia guerras injustas... Pero ¿á qué seguir descubriendo vivientes sepulcros si no hay hombre que no lo sea? ¿Quién no lleva en su alma, por lo menos, una virtud muerta que se relacione con el amor, con la verdad ó con la justicia?

Por eso los mortales nos contentamos con acudir una sola vez al año á la mansión de los muertos; el instinto nos dice que todo es acabamiento y que la vida no es sinó un accidente de la muerte. Vivir es ser para no ser; cuando creemos caminar hacia la plenitud de la existencia nos engañamos, porque en realidad adelantamos en el camino del aniquilamiento.

Los cimientos de nuestra casa quizá se levanten sobre cenizas de antepasados; el cuarto donde estudiamos, el aposento donde dormimos, conservan sin duda huellas de muerte, y ¿quién negará la posibilidad de que cada uno de nuestros pasos profane una sepultura? Si Dios no redujese á mínima expresión, á polvo miserable los seres que mueren, há siglos que sería imposible la vida bajo el cielo, porque los muertos no dejarían lugar á los vivos en este panteón inmenso donde los seres viven á manera de gusanos y no sirven sino para destruir y destruirse mutuamente...

\* \* \*

Dígalo sino la guerra ruso-japonesa, baldón del siglo que retrotrae las naciones que se dicen civilizadas á las épocas proto-históricas en que luchaban los hombres como las fieras de los grandes bosques vírgenes. ¿Se puede saber para qué han servido tantos siglos de gigantesco batallar en pro de la soberanía de la razón, de la verdad, del amor, de la justicia y del derecho? ¡Comedia! ¡Pura comedia, vana ficción! Nuestros antepasados nos dieron ideales hermosos concebidos en instantes en que se redimieron de la feroz servidumbre carnal, sin pensar que al transmitirnos ansias tan generosas para que las encarnásemos en códigos é instituciones, daban á las fieras pieles de cordero para representar mejor su papel.

¿Qué importa que el pensamiento del hombre sin camino visible cruce rápido el éter, que los cuerpos inertes emitan nuestra propia voz, canten y lloren; que una pequeña combinación química conmueva como fenómeno sísmico la tierra; que la mano del hombre contrarreste las poderosas corrientes aéreas y marítimas, si allá en un rincón del mundo caen millares de hombres aniquilados por otros hombres sus hermanos? ¿De qué le han servido á Pasteur sus estudios de microbiología y á cien generaciones anteriores de sabios sus especulaciones científicas, si lo que se sustrae al virus, al microbio, el plomo de los proyectiles lo sacrifica? ¿Quién se atreve á mentar siquiera la ley de solidaridad y de amor universal, el respeto á la vida de nuestros semejantes que los códigos garantizan, si el mundo asiste sin conmoverse, sin propósitos de intervención, al colosal duelo ruso-japonés?

Buenas están las naciones civilizadas para dirimir pacíficamente la contienda. Por un desagradable accidente de la guerra, la escuadra rusa cañoneó á varios barcos de pesca ingleses ante la idea, real ó ilusoria, de que fuesen torpederos enemigos, é Inglaterra, como los matones de oficio, segura de su fuerza y aprovechándose de la inferioridad actual de Rusia, dá tremendas proporciones al suceso, coloca sus escuadras en orden de combate, escupe por el colmillo y pone á los moscovitas en el dilema de humillarse ó de producir, juntamente con su ruina, una conflagración universal.

Ahora que hablen de paz, que condenen las guerras, que sueñen con arbitrajes y convenciones esos imperios hipócritas que pretenden usufructuar el título de cultos y de civilizados.

La sangre de un sólo combatiente, sea ruso, sea japonés, debiera valer más que la posesión de la Mandchuria, porque el precio de esa noble sangre, hablando en cristiano, no debe cotizarse por el egoísmo de un imperio, sino por el corazón inmenso de una madre.

¡La patria! Necesario es que se le profese rendido amor porque nuestro cuerpo y el de nuestros padres se nutren de su aire y se formaron bajo su cielo; mas á la patria no se

la sirve pretendiendo la del prógimo, ni se le quiere sacrificándose por cosas que no se relacionan directamente con su integridad é independencia.

Por tal motivo, no me parecen mal del todo las ideas que sostiene el viejo Tolstoi en sus artículos acerca de la guerra del extremo Oriente; por eso justificaría yo la huelga de soldados, no la de los moscovitas en particular, sino la de todos los soldados del mundo. Día llegará en que se realice, porque la paz universal no puede, no debe estar á merced de gobiernos buitres, dispuestos á renegar cada instante de las más hermosas conquistas del corazón humano.

Sigan tronando en Port-Arthur y sus alrededores los cañones de los ejércitos rivales; sus estampidos se me antojan los últimos honores tributados al cadaver del amor, soberano del mundo y de la vida; cuando los cañonazos cesen y se destaquen sobre el cielo gris enormes montones de cadáveres de humildes soldados, se podrá poner á la consideración y para vergüenza del mundo este tremendo epítafio: *Aquí yace el amor.*

---

SALVADOR RUEDA

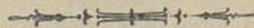
### DOS ASCUAS

Vi dos ojos cual llamas del deseo  
del templo entre las lámparas colgantes;  
ante el altar pasaron deslumbrantes  
sobre la oscura tez de un rostro hebreo.

Por el libro resbalan cuando leo,  
en el paisaje los persigo errantes,  
sigo en el mar sus círculos flotantes  
y en todas partes sin cesar los veo.

Mirándome con luces exaltadas,  
dos ascuas parecieronme escapadas  
del mecedor gentil del incensario.

Y entre sus cercos de pestañas lloro,  
como ante verja de varales de oro  
se adora á Dios expuesto en el Sagrario.



## TEMPLE DE HEMBRA

## I

Arreciéndose con los frios del invierno esquivo, sofocándose en el estío pegajoso, Blas el «Chaval» corre sus diligencias un día y otro, uno y otro año, por la carretera polvosa, llena de baches... Una de estas diligencias es flamante, fresca, reluciente, con caja amarilla, ruedas rojas y cenefa verde, chillona, en donde unas letras grandes, gruesas, rotulan: «El Veloz»... La otra es un coche de colleras, armatoste pesado, también amarillo, verde y rojo, lleno de remiendos, de lañas, patinoso y deslucido. De estos coches y de sus correspondientes tiros, de jamelgos ayuntados, escualidos, es el dueño Blas: el cochero más chulo y gitanesco de toda la comarca.

Y Blas se ríe del tren, de los automóviles... Porque estos dos carruajes que van y tornan á la capital todos los días, Blas los vé siempre repletos de pasaje. Que «el Chaval» es hombre que sabe esperar á los parroquianos: ya á que terminen en la ciudad sus ocupaciones los hombres afanosos y atareados, bien aguarda pacienciendo á que las buenas mozas hagan sus compras, curiosean en las tiendas, despachen quizás algún pecaminoso devaneo... «El Chaval» los lleva, los trae, esconde sus secretos delicados con el cuidado de un confesor... Todo el mundo acude á Blas en el pueblo, y aquí y en la capital, en él fian y á él encomiendan los encargos, y hasta recibe las confianzas del caciquillo, porque es hombre de arrestos y amistades. Blas, en fin, es como tentáculo que extienden estos hogares cada día á la vecina capital. Así, Blas tiene dineros, amigos, agradecidos, gentes que le temen, gentes que le odian, que le envidian... Y él, que de todo esto está poseído, es un tiranuelo caprichoso, un chalán procaz que á todo se atreve, que con nada se satisface... Ved por qué Blas hace de su capa un sayo, de sus coches lo que le viene en gana y de los reglamentos de policía el mismo caso que hacéis vosotros de las coplas de Calainos,

Por eso nadie como él alardea el orgullo de su pueblo, su vanagloria, y pregona su riqueza y bondad é impone esta fama y opinión en los mesones y ventorros del camino. Y esta supremacía de su pueblo la afirma restallando la fusta, una tralla que dibuja en el espacio unas serpentinatas sibilantes, que hieren y mortifican como insultos, que suenan á sarcasmo despreciativo, agrio, cuando sacuden el aire de las calles de los pueblos aledaños; como si el chasquido de estos trallazos condensase los rencores frescos, los celos y los odios viejos de vecindad... Y aquí es donde «el Chaval» blande y restalla su látigo con más empeño, con mayor entusiasmo.

Pero aún tiene Blas algo mejor. Allá en casa queda siempre el regalo de sus sentidos, la satisfacción de sus deseos, de su vanidad; allá queda el objeto de sus caricias brutales, á quien halaga, estruja, abofetea, regala y martiriza... Queda allá en casa la mujer más apuesta, linda y admirada que preparó pitanzas, aseó carruajes, cuidó caballerías y atendió recados, de cuantas puede vanagloriarse un chalán de las circunstancias y arranques de Blas.

No es, pues, extraño que cuando Blas se encumbra en el pescante de sus coches, adopte un gesto impertinente para su carilla feucha, afeitada y llena de costurones, con sus tufos ó aladares negros, crespos, grasos, asomando por bajo de la gorrilla. No es extraño que al ver el garbo con que sacuden sus jamelgos, con los herrados cascos, el polvo de la carretera y ver que empañan de una espesa capa de este polvo el verdor negruzco de los cipreses que bordean el camino, no es extraño que piense Blas que también él puede empañar, como sus bestias los setos, á las pobres gentes que ni gozan confianzas de caciquillos, ni gobiernan diligencias llenas de colorines, ni cumplen funciones importantes en su pueblo, ni gozar, empellen, azotan ó regalan á una moza blanca, redonduela, briosa, con cabellos rubios, espléndidos, labios rojos y mirada viva y bravía en sus ojos garzos.

## II

No, no hay cuidado de que ose nadie repe-  
ler las zumbas, insultos y molestias que se  
permite «el Chaval»... Porque presteza de  
mano cual la suya para ordeñar barricas de  
aguardiente, la habrá tal vez; acaso se igua-  
le su destreza en amanecer la faca aguda,  
siempre alerta en los repliegues de la faja ne-  
gra que le ciñe, víbora en el canchal; pero  
nadie le iguala en restallar la fusta insultan-  
te y dolorosa y en la ayuda que le presta la  
lengua atrevida de la Chavala... Así, ¡no ha  
de sobar chepas! ¡No ha de tentar redondeces  
mórbidas de mozas garridas y apetitosas! ¡No  
ha de entonar tonadillas burlescas, cuyo  
ritmo marquen las piernas lastimeras de los  
cojos! ¡No se ha de complacer en estos y en  
otros truhanescos juegos que le complacen,  
el Chaval!

Hoy convence al Pichero. Pichero es este  
pobretón andrajoso que rasca sus piojos junto á  
los tapiales de los huertos, el que pesca angui-  
las en las charcas pantanosas, recoge caraco-  
les en los breñales y baldíos lejanos, el que  
en su carretilla portea maletines á la esta-  
ción, á los vapores y acarrea agua y se ocu-  
pa en todo bajo menester que los demás rehu-  
yen... Hoy lo convence; sí, hoy lo lleva gratis  
y lo torna y encima lo convida Blas al Pi-  
chero.

¡Llevarlo á la ciudad!... Eterna súplica de  
Pichero, perpétua promesa del Chaval. Por  
esto acude constante Pichero á Blas, y es de  
éste entretenimiento y taravilla en las horas  
de parada aquí en la replaza, á la salida del  
pueblo, en la taberna que confronta á la cin-  
ta blanca del camino sinuoso, á esta carretera  
con dos bandas de tapiales blancos, de setos  
de cipreses hoscas, que guardan del polvo y  
merodeo á los naranjos de charolado verdor,  
lentos de pomas de oro...

Hoy Pichero se encarama en la baca, des-  
pués de aupear cestas de zarzos llenas de hor-  
talizas, de frutas frescas, olorosas; de aupear  
baules, hatillos, fardos... la balumba que el  
coche ha de conducir... Acomodado en esta  
eminencia que ambula, es Pichero feliz; con-

templa la banda azul del mar plácido, el ver-  
de tapiz nemoroso que hasta el mar se extien-  
de, la silueta blanca del pueblo con sus azoteas  
y barandales, y sus techumbres pardas ó roji-  
zas, el campanario vetusto, roñoso; las chime-  
neas cubiertas, juncales flamantes de las fá-  
bricas; los vapores que humean negros en la  
rada... Y llegan á Vilafosca y lo requiere el  
Chaval, y más trastos, hatillos y baules son  
aupados... Aquí, frente al amplio zaguán del  
mesón que arroja á la calle una pútrida tufa-  
rada. Aquí mismo, una viejecilla sarmentosa  
hace calceta al sol, y en un tabanco mengua-  
dillo despacha altramuces, chufas, rollos,  
aguardiente. El Chaval convida y Pichero  
comparte su felicidad y abundancia con otros  
compañeros de la briba vilafosqueña...

Estrépito de hierros, ronco rodar de llan-  
tas, ensordecedor tintineo de cascabeles, duro  
pisar del ganado... La diligencia parte al ga-  
lope... suenan risas, y la tralla chasca y mar-  
ca en el ambiente unos dibujos burlescos y ca-  
balísticos... Considerad el sobresalto de Pi-  
chero, su pena, sus gritos, su rabia... Y  
corre, corre y se le traban con la rapidez sus  
patatas zambas... y jadea y suda copiosa su ca-  
bezota ruda... Los buenos vecinos asoman á  
sus puertas y rien beatíficamente viendo correr  
al Pichero. Todos los días salen también; es  
un espectáculo monótono pero barato... Acaso  
asoman esperanzados de ver un día tumbar y  
destrozarse este coche, cuya tralla crispa sus  
nervios...

La diligencia escapa, vuela ligera, al ga-  
lope de los jamelgos escualidos y nervudos...  
Luego es un punto obscuro, vago, en el tor-  
bellino y polvareda de la carretera blanca...  
Al fin, se pierde en la lontananza, cuando ya  
el Pichero es un cuerpo rendido, sudoroso,  
que jadea tumbado en las faldas de una enor-  
me hacina de faginas y fogotes que se eleva  
junto al horno fuliginoso de un ladrillar...

## III

Pero ¡otra vez será! Así como así, en ésta  
ya hizo la mitad del camino; ¡algo es algo! Pi-  
chero, chasqueado, escarnecido nuevamente,

vuelve al pueblo; al pueblo á pie... Que á la vuelta de Vilaplana siempre es mayor la carga de los coches y no hay que esperar tampoco que el Chaval se compadezca... Y á pie se vuelve Pichero.

Al cabo llega al pueblo... Y sin saber por qué á la taberna, á la replaza junto al puente, á la salida del pueblo, y contempla la carretera blanca, los tapiales, los cipreses hoscos... Y aquí espera, pronto á las demandas, presto á los recados, lleno de buen deseo, de alacridad... ¡No, con Blas no valen quejas ni protestas! Blas convida; después de todo, algún día le llevará... y Pichero espera que lo ocupe el Chaval en menesteres, que desdena porque quiere llegar un día á la capital, á Vilaplana, á sus calles anchas, rectas, claras, llenas de gente... Quiere entrar por ellas Pichero, empinado en el montón de fardos, de cestas, de muebles y cachivaches que coronan al «Velóz», al «Cid Campeador», que es la otra diligencia. .

Luego se le han ido acercando otros dropes... Y ya le amargan las bromas de quienes le vieron partir muy alto, volverse muy mohino... En lo hondo, le arañan quienes le zumban y matraquean por lo sufrido, por lo imperterritito... Y la sangre le bulle. Pero cuanto más le bromean aparece más manso y animado y mejor esconde sus agruras...

Entre una nube de polvo denso llega el coche... El Chaval pregunta á Pichero si le ha ido bien en su viaje... si estuvo bueno el almuerzo de Villafosca. . Y los dropes celebran y rien la gracia del Chaval. El procaz y pegón siempre es ingenioso para quien le teme. Y ahora todos corean y se atreven con Pichero. En medio de esta algazara, la balumba de sillines, mecedoras, camas, cestas, cajones, que en la baca del coche se amontonan, ni son distribuidos ni bajados... Y ya comienzan á acudir, requiriéndolos, unas mozuelas apuestas, graciosas, con las pañoletas anudadas al cinto, los delantales amplios adornados de entredoses, las faldas airosas, descubriendo los pies bien calzados, de amarillo, de rojo... Estas mocitas reclaman, quién una cama, cuál un fardito, sus encargos. Y llegan unos hom-

bres más adustos, más presurosos y demandan otros bártulos y reniegan de este holgazán, de Pichero, que á todos entretiene... Y el Chaval tiene la ocurrencia, la agudeza de pedir á Pichero que sea él quien descargue; con lo que pagará el viaje y almuerzo de que disfrutó á su costa esta misma mañana. Y oída por todos, es refrendada esta propuesta con grande alboroto, y luego comienzan: «¡Esa silleta, Pichero! ¡Mandría, venga ese baúl! ¡Dame esos sacos! ¡Baja esa mecedora!

Pero ved lo nunca visto, lo insólito, lo inaudito... Ved que Pichero se incómoda... que refunfuña á los empellones; que dice al fin, que «él no sirve sino á quien le pague... y suelta unos procaces vocablos, unas palabras indecentes... El Chaval le llama «puerco», y «puerco» repiten todos, y todos lo motejan y con todos se insolenta Pichero; que al cabo desoye y desacata al mismo Chaval. Y como éste le manda y el otro insiste en su negativa y repite que «por dinero baila el can»... Blas, que considera amenguado su lustre si este idiota no atiende á sus demandas, si no sirve de cabeza á sus parroquianos, ciégase, monta en cólera... amenaza...

—«¡A tú, lo que vullgues! ¡Pero estos morrals! Que solten les águiles... y si no qu' els servixca la púa de sa mare... ¡qué cordóns!...

Pero antes que termine Pichero, ha cortado los aires, silbante y sinuosa, la tralla, con un chasquido rabioso, violento, iracundo... Un círculo se ha abierto temeroso; el látigo se desenvuelve una, varias veces, con un movimiento undívago; Pichero se siente cogido, atraído, arrastrado como por la vorágine de un ciclón... Titubea... agudo dolor le aqueja aquí, allá... Se palpa... Y oye risotadas, los tacos venenosos del Chaval, la zalagurda de los ofendidos que le increpan, que se divierten... El dolor, la rabia, la afrenta, le sofocan. La fuerza de la tralla le obliga á revolverse como peonza de chico: siente heridas sus mejillas, se tambalea, cae. . se levanta, y el dolor le impele, y se palpa dolorido, y del mezquino pingajo que le ciñe, á modo de faja, saca un roñoso hierro, corto, menguado; un trozo de hierro que utiliza él en diversos me-

nesteres... Y fosco, rabioso, lo ha blandido... y una vez, su brazo débil topeta la espalda del Chaval... Las gentes cesan en sus risas y denuestos... Gritan asombradas, y las mozuelas, airosas y burlonas, chillan unos largos gritos estridentes y temerosos... Los hombres empujan al andrajoso, le apuñean, le maltratan, y en este zarandeo y apabulladura dan con él en el suelo, con él, que está rendido, sudoroso...

Un ministril, con gorra galoneada de oro y vara negra con borlitas, lo aprehende... lo conduce; unos chicos desharrapados y unas chicuelas desgreñadas les forman séquito... Las comadres asoman entre las mallas preciosas de las cortinas de bramante, llenas de dibujos, de labores primorosas; estos gestos de las comadres son curiosos, inquirientes. Mozas vivas, de expresión picaresca y libres movimientos, salen alborotadas, en tropel, á las puertas de los almacenes en donde confeccionan las cajas de naranja... Y los carpinteros abandonan un momento la garlopa, la sierra; los herreros sueltan el macho, que queda reposando en la bigornia; los correeros se desentumecen levantándose de sus banquetas, y los carreteros dejan la hachuela clavada en el cubo de carrasca que desbasta. En la calle los señores se detienen, preguntan al alguacil... Y la voz se corre al instante, y en todos los ámbitos del pueblo, algo tan intenso, tan asombroso, tan perceptible y comprensivo de todos, como el són grave de la campana gorda cuando toca alarma, se corre, se extiende, se propala y penetra hasta los últimos rincones... ¡Pichero ha mort al Chaval!

#### IV

Siempre se exagera. No, Pichero no lo ha matado... El Chaval no ha muerto todavía. El Chaval, todo encogido, torpe, desplomado, cuanto antes arrogante, se apoya aún en la fortaleza graciosa, aplomada de su mujer. Y sigue por algún tiempo su vida callejera, gobierna el ajetreo de sus diligencias, preside su entrada, su salida; dispone, ordena, atiende á la parroquia... Pero el Chaval ya no

blande su tralla con sarcástico chasquido en las calles de Villafosca, ni se empolva en la nube densa y sofocante de la carretera; en ese polvillo que él ama y añora, como ama y añora el soldado el perfume acre de la pólvora.

Y pasan días... y al cabo el Chaval permanece semanas, meses, encajado en una amplia poltrona, entre cogines, entre almohadas... Porque su cuerpo cenceño y mimbrente se ha ido poniendo rígido, tieso, duro, al modo de su humor ágrío, acibarado... Y estas asperezas y acedias del mal y todas las extravagancias y caprichos que el ocio espolea y avivan en este chulo caprichoso, y la rabia de su impotencia y el amenguamiento de su imperio, recaen soberbios, adustos, sobre esta moza fuerte, graciosa, admirada, con la carita redonduela, los labios gruesos y los ojos garzos. Sobre esta mujer de cabellos rubios, garrida hembra, que al apoyar el cántaro en la cadera ondulosa, es semejante á una canéfora, y con el cesto de zarzos, lleno de hortalizas, sobre la cabeza, la reputáseis cariátide...

Ahora son más los empellones que las caricias, más los desabrimientos y bufidos que los besos... Pero ella cuida silenciosa, resignada, al Chaval, le atiende solícita... y aun acude al gobierno de la casa y de las diligencias y de los encargos... Ella, siempre airosa, con su vestidillo de percal azul, ajustado; el gracioso pañuelo claro, que anuda al cinto; el delantal de dril crudo, lleno de entredoses de ganchillo; las botinas rojas, breves, ajustadas... Sí, á todo atiende, á todo acude; á exigencias del enfermo, de la parroquia, de zagales, del ganado, de la vida... Es la Chavala como vaso repleto de amarguras, vaso sin fondo, que no se derrama; hermoso vaso de impecable forma.

¿Preguntáis por Pichero?... Pues Pichero ha ido á Vilaplana... ha ido entre civiles... Se ha hospedado en el amplio casón que es todo celdas, que está circuido de guardias... Y un día, entre guardias ha salido. Le han llevado á otra casona y se ha sentado en un banquillo... Allí, en el banquillo, ante aquellos señores graves, severos, adormilados, ante otros señores muy locuaces, todos de ne-

gro y con randas en los puños... allí Pichero no ha acertado á decir sino lo que un vago recuerdo plástico le ha reproducido: «...Que le ofendieron más que nunca, que le pegaron... que se sintió herido, flajelado... que le cegó como una rabia ó locura jamás por él experimentada... y que... sí... que alargó el brazo, sin saber cómo, que pinchó con ese hersete roñoso... y nada más... que nada más sabe...» Y allí se ha hablado largo.. Y aquellos buenos convecinos suyos y aquellos otros señores de la capital, unos señores nunca vistos de él, han decidido en justa sentencia que no vuelva Pichero á la casona de las celdas... Luego se ha encontrado Pichero en la calle, ha saludado al sol, su amigo; está solo. ¡Solo, sin civiles!...

Pichero ha emprendido el camino del pueblo... Aquí en el camino topa al «Veloz»... los zagales le han mirado curiosos... curiosas le han mirado las viajeras.. Nadie le reprocha, nadie le recrimina... Y Pichero ha ido cobrando un cierto valor y confianza... apreciando en sí una cierta fortaleza y una extraña satisfacción .. Acaso como debió de sentir la el pastor David cuando, tras de chascar su honda, vió por tierra derribado al tremendo Gholiat, el temido, el opresor.

## V

Una viuda joven, apuesta, con las tocas de la viudez está más hermosa; una viuda joven siempre tiene deudos, amigos, adoradores si es bella, y si es rica además, apasionados...

Esta viuda de cara redonduela, con ojos garzos, labios rojos gruesos, con guedejas rubias que asoman rizosas del pañizuelo negro y apuntado, que enmarca su cara y anuda en la garganta; esta viuda con sus vestiduras luctuosas y el negro delantal, es una bella viuda y es una viuda rica...

Grave y serena, graciosa, con su apostura y su perfil helénico, ella atiende á sus negocios, conrea sus tierras, atrae á los remisos parroquianos, complace á los atentos y constantes, y enfrena á mayores y criados y dá nuevo brillo y superior pujanza á la empresa

antigua de su marido... Corre el «Veloz», corre el «Cid» por la polvorosa carretera, por entre tapiales y setos de cipreses de obscuro verdor, tras de los que los azahares destacan sus niveos, olorosos pétalos, del verdor caliente de los frondosos naranjos... Corren el «Cid», el «Veloz»... y ya en Vilaplana recibe la última mano de charol un nuevo coche, el «Ligero», que luego ha de pregonar muy alto los arrestos y empeños de esta viuda...

Pichero pasea en tanto sus andrajos por calles y senderos... Como siempre, garbea lo que puede; bebe, se tumba á la bartola, acarrea, suda... Alegre y resignado arrastra este carretón pesado y amable de la vida, sin más molestias ni más ultrajes, sin más halagos que antaño, ni envidioso ni envidiado... Solo su sed crónica se acrecienta, se acrecienta... Si á veces una punta de orgullo le anima al recordar su casual hazaña, que nadie le mienta; al verse igualmente desconsiderado y en perpétua desdicha, el recuerdo de esta hazaña le molesta y va á borrarlo con alcohol en el mostrador de los ventorros. Como siempre, Pichero, á cambio de unas copas, se presta gustoso á toda zumba; que ya avezado, antes le agrada que le molesta.

Y ved que llega la fiesta de este pueblo. El campanario no para en sus repiques y volteos alegres, alborotados; la dulzaina no cesa en su gangoso y estridente pitar, en su exultante tocata, el tamboril en sus redobles y opaco són, con fiereza batido su parche... El pueblo es todo alegría: voces, movimiento, todo retozos, juegos, bailes y comilonas... La holganza se acuña en la vida laboriosa, tenaz de los campos, de los almacenes, de la rada... Y Pichero está en sus glorias; á Pichero todos le convidan, y corre de mesa en mesa y de ventorro en taberna, y aquí deja la cuchara para empuñar el «barral» más abajo... Y él es el primero en dar brincos y tumbos y caídas en las carreras de sacos, y es él quien con más ahinco sablea al gallo, bien vendados los ojos, y él quien antes se tizna con el intento de arrancar con los dientes la argentina moneda del fondo de la sartén fuliginosa... Pues, cuando anochece, unos hombres le atraen, le

obsequian, le conducen á un apartado almacén; aquí hay dispuesta una mesa bajita, unas sillitas enanas. En la mesa un cazuelo humea, un arroz insolente provoca, desafía; unos barrales verdes, tintos en negrucho vino, le brindan y espolean sus dormidos apetitos... Pichero tiene una famosa fiesta... Entre bromas y empujones traga, bebe y al cabo siente el mareo y angustia de una espantosa borrachera...

La noche ha cerrado. En el ámbito pavoroso de este almacén amplio y solitario, reina un hórrido silencio... Unas pilas tremendas de tabletas, de pieles, de balas de papel, forman á modo de botareles adosadas á los muros; arrumbadas brillan áureas las naranjas á luz mortecina, escasa, paliducha de un farolillo que pende en un pilar. En montones, capazos, enjalmas, trebejos y útiles... Como arriates, unas plataformas cubiertas de paja de arroz, sobre las que descargan la fruta. Aquí, en esta paja mullida ronca sus hartazgos ahora el feliz Pichero... Pero ved que estos hombres obsequiosos se le acercan... le acogotan... y uno hiende su cuchillo en este cuello escamoso, asoleado...

Una moza apuesta, con negras vestiduras luctuosas, con rubios cabellos, labios gruesos y ojos garzos, acuclillada y fruiciosa, recoge en un lebrillo verde vidriado el chorro caliente de sangre que surte de este cuello escamoso, que surte impetuosa... Y esta hembra, fija complacida una mirada intensa, clavada en el Pichero... Sus labios rojos, gruesos, silenciosos, se repliegan en una sonrisa de inmensa satisfacción...

Y todo acaba.

## VI

El «Veloz», el «Cid», el «Ligero» pasan raudos por Villafosca, se llegan á Vilaplana y días y meses lucen en las calles y en la carretera polvorosa sus vivos colorines verdes, amarillos, rojos, tintinean los cascabeles de sus jamelgos escuálidos, corren repletos siempre de pasaje, con balumba de encargos... La empresa del Chaval sigue boyante...

Pichero, el andrajoso pobretón, fué encontrado una mañana de las últimas fiestas tendido bajo un naranjo, allá en un campo lejano... Pichero estaba exangüe, degollado... ¡Cosas de borrachos!...

Pero la justicia es una adusta señora, inquisidora, indiscreta, molesta. Ella hace caso de soplos, de chismes, de rumores... Ved que se habla de un proceso; sabed que una viuda apuesta se alberga en el casón circuido de guardias, en el pavoroso casón de las celdas, allá en la capital, que ha de comparecer luego en el banquillo ante aquellos señores graves, somnolientos; cerca de los señores locuaces, entre todos los señorones togados, ante sus convecinos benévolos, sus amigos queridos, los señores extraños.

Mas vosotros sabeis de largo tiempo, que una viuda joven con blanca tez, rubias guedejas y ojos garzos, es una bella viuda, que tiene imprescindiblemente deudos, amigos... Sabeis que al servicio de un cacique es una potencia; sabeis que sin prueba y por un simple rumor ó por una sospecha liviana, á nadie se ha condenado...

Y si sois artistas, acaso os complace pensar que, en estas costas del mar azul, tal vez corren atávicas unas puras gotas de sangre espartana dentro de cuerpos armoniosos, helénicos...

---

A. GONZÁLEZ BLANCO

## POEMAS ECLESIÁSTICOS

En el viejo Palacio del Obispo,  
—que está en calle tortuosa y empinada,  
junto á una fuente seca,  
donde se ostenta una grotesca máscara,—  
del muro amarillento y carcomido  
á un ángulo adosada,  
trepando, como verde lagartija,  
por la pared enorme y abultada,  
llena de lamparones y de grietas,  
hay una humilde parrá,

de esas parras domésticas,  
modestas y encogidas como ancianas,  
misérrimas y lívidas,  
que, en el mundo de todos olvidadas,  
sin una triste queja,  
mueren en un portal una mañana.

Enroscando su tronco en dos balcones  
de herrumbrosa baranda,  
como una cruz sombría,  
el Seminario y el Palacio enlaza.

En las nubladas tardes de Diciembre  
ábrese alguna celda abandonada,  
y algún seminarista melancólico  
contempla la ciudad, ruidosa y larga.  
Comienzan á temblar festivas luces  
á lo lejos, en calles frecuentadas,  
y rumores de turbas bulliciosas  
vienen, en oleada,  
á morir sobre el hueco  
de la abierta ventana.  
Y de bruces allí, va recordando  
los días dulces de su dulce infancia:  
los juegos en las tardes de verano,  
en redor de las fuentes de las plazas;  
las novias de doce años que os amaron  
cual nunca más mujer alguna os ama  
y que se enamoraron de vosotros,  
porque un día, jugando con la hermana,  
clavásteis en sus ojos fulgurantes  
vuestra infantil mirada...  
¡Y siente que le ahoga,  
con un abrazo de ola, la nostalgia!...

¿Por qué no amar bellezas más humildes  
que las esplendorosas y profanas?  
Hay en esos rincones eclesiásticos,  
que nadie ha visitado y nadie ama,  
una serenidad consoladora  
que las promesas guarda  
de grandes alegrías  
de singular fragancia.  
A su sombra cobijanse  
las tristes parietarias  
ó acaso caprichosa madre selva  
se ciñe á la granítica fachada,  
ó roe, como pútrida gangrena,

el anciano pretil de la ventana,  
alguna mustia parra que, tremante  
y amorosa, se agarra,  
en un abrazo virginal y tierno,  
con sus añosas y ateridas ramas,  
al rincón de fachada que la oculta  
y defiende su túrgida hojarasca.

Imágen de mi mísera existencia:  
acaso yo también como esa parra,  
á la sombra de un muro de convento  
arrastro vida lánguida.

Así como en las tardes de verano  
el claro sol alegre la traspasa,  
hay días en que el sol de la alegría  
cubre de luz el alma.  
Mas viene el frío Octubre con sus nieblas,  
sus túrbidas borrascas,  
y agosta en flor las mieses  
que al ardiente verano fecundara.  
¡Y todo en derredor penumbra ingente,  
sombra, desolación agigantada,  
en la mísera parra del Palacio  
así como en mi alma!

---

CARMELO CALVO

### MICALET

Conoci á Micalet hace muchos años. Sabía que era expósito, que había sido soldado y que fué dado de baja en el ejército por haber quedado manco en la guerra de Cuba. Como me habían contado algunas cosas de su vida y solía verle con frecuencia, la curiosidad me movió á preguntarle dónde había nacido y á qué debía su estancia en el punto donde se encontraba. Micalet, entre confuso y asombrado, pero sin hacerse de rogar, allá á su manera y con el lenguaje, más que sencillo, vulgar que le era propio, me describió los rasgos más salientes de su existencia, no sin dejar de acentuar ciertas notas íntimas con tonos nacidos del corazón. Claro es que esos rasgos no constituían, por sus accidentes ni por su importancia, una historia interesante llena de episodios y situaciones de efecto,

pero referidos los hechos por él, había tal ingenuidad en su relato, tan vivo color en los cuadros que describía, tanta verdad en sus quejas y tan hondos lamentos en la enumeración de sus dolores, que se sentía uno á veces emocionado y casi siempre excitado á no perder palabra de lo que decía. La emoción que me produjo aquel relato llegó á obsesionarme de tal modo, que desde entonces no he podido sustraerme á la idea de referir su vida, traduciendo sus pensamientos. En el fondo de su existencia se agitaba una profunda pena, sostenida por una idea tenaz y persistente, y la idea consistía en que, siendo expósito, era el sér que más madres había tenido y nunca había podido pronunciar ese nombre á las que la casualidad ó la suerte le habían deparado. ¿Cómo se explica esto? La narración de su vida lo demostrará, y para ello dejemos que hable Micalet.

## I

—¿Me pregunta V. en que día nací? No lo sé, no lo he sabido nunca; cuando me llamaron al servicio de las armas tampoco lo pregunté. No había de celebrarlo nunca y preferí ignorar el día que vine al mundo.

Mi madre, la que por derecho que otorga la Naturaleza lleva ese nombre, pero que en el caso presente, ni ella tuvo interés en conservarlo, ni á mí me concedió el favor de que lo pronunciasen mis labios, más cuidadosa de su nombre que del mío, al darme á luz me envió á que durmiese el primer sueño en el torno de una Inclusa. Y hablo del primer sueño, porque como á mis oídos no ha llegado nunca la menor noticia, ni el más ligero rumor de que nadie, hombre ó mujer, haya preguntado por mí en los años que llevo de existencia, debo suponer que al venir al mundo faltaría tiempo para hacerme desaparecer, evitando de este modo que mi llanto despertara disgustos y hasta conflictos que á todo trance se querían evitar. Hay que confesar que el procedimiento empleado era el más á propósito para lograr el fin apetecido.

Se quiso que mi nacimiento quedase oculto

entre las sombras; ¿y qué mayor sombra que una Inclusa? Allí desaparece la personalidad del recién nacido y aparece en toda su deformidad por el portillo del misterio el hijo de nadie.

Todos en el mundo proporcionan por lo menos un día en la vida de grata satisfacción é inmenso regocijo á todos los que constituyen la familia, y es el día en que nacemos. La alegría asoma en los semblantes, el gozo anima las miradas y la sonrisa se dibuja en los labios. La venida al mundo de un sér es saludada por los padres como la mayor de las dichas, porque es la descendencia asegurada, la prolongación del nombre y el hogar bendecido por Dios. Yo no proporcioné á nadie ese beneficio. Mi nacimiento debió ocasionar lágrimas y sustos, y para que éstos se aminorasen y aquellas pudiesen secarse borrando las huellas que quizá dejaron impresas en los primeros momentos, se debió prescindir de todo acto que significase contento y alegría y se me echó en el torno de la Inclusa, como trapo sucio que se arroja en el cesto del traperero. ¿Y qué más abyecto y á la vez más digno de compasión que ese montón de carne humana que los hombres sin vergüenza y las madres sin corazón depositan en esos establecimientos de la caridad que se nutren con el producto del placer sin medida, del vicio sin freno y de la conciencia sin respetos? ¡Parece mentira que haya seres tan sin pudor que no les inspire afecto su propia obra, aquella por la cual olvidaron sus deberes, y una vez dada á luz le negaron los derechos que de ley le correspondían!

Perdone V. que me exprese así, pero como oigo quejarse á todo el mundo, y veo que ese mundo que se queja tiene familia y puede abrazar á sus padres y besar á sus madres y tener á quien confiar sus sueños, sus esperanzas y sus aspiraciones, y yo me encuentro desheredado de todo, al preguntarme V. dónde nací, han acudido á mi pensamiento todas esas ideas que constituyen mi preocupación constante y son mi eterna pesadilla.

Vuelvo á decir que no sé donde nací, y dispéñeme que repita tanto las cosas; pero sé que pasé mis primeros años en una Inclusa,

¿Para qué citar el nombre de la provincia? Todas las Inclusas son iguales. En esos establecimientos está todo reglamentado. La comida, el sueño, el paseo, el vestido, la instrucción, todo está reglamentado, medido, organizado; se vive á són de campana; se crece sin afecciones, se muere sin ser llorado. En todos los hogares se crían los hijos con pan y besos; se desarrollan endulzándoles el oído las canciones de las madres y los consejos de los padres; entran en el mundo llevando un nombre que les abre paso en la sociedad; luchan por la vida con la esperanza de salir victoriosos en el combate que les espera; aman, y encuentran quien les quiera; mueren, y tienen quien les llore. Los que como yo pasaron su niñez sin haber recibido, no digo un beso, sino una caricia, y sin haber sido objeto de una prueba de cariño; los que no hemos tenido al paso en nuestro camino una mano en que apoyarnos ni una cara amiga que nos protegiese, llegan momentos en que sentimos impulsos de ira, relámpagos de odio y vivas ansias de romper los pocos lazos que nos unen con la sociedad. ¿Para qué vivir sin esperanza?

Aquí hizo una ligera pausa y continuó:

Veo asomar á sus labios otra pregunta y me apresuro á contestarla antes que V. la formule. ¿Cuánto tiempo estuve en la Inclusa? Tampoco puedo concretar la contestación. La noción del tiempo ha sido desconocida para mí, pues no he tenido en mis primeros años ningún acontecimiento agradable ó desagradable que me sirviese de punto de partida para medir las distancias que me separaban de unos á otros acontecimientos. Sólo recuerdo que, pequeño aún, se me antoja que en un día que hacía mucho sol y el cielo estaba muy azul, un hombre y una mujer, un honrado matrimonio, coma tuve ocasión después de probar, me eligió, entre otros de mi edad, para prohiarme y llevarme consigo. Pocos días después me sacaron de la Inclusa y me llevaron á su vivienda. Su casa estaba situada en el campo.

## II

Acostumbrado á la regularidad monótona del establecimiento, á la correcta formación cuando salíamos á paseo, al respeto que infundían las hermanas de la Caridad cruzando y vigilando las largas crugias de aquel gran edificio, al ruidoso movimiento que producían en las horas de descanso los juegos de aquella turba infantil, al verme en el campo, sólo, rodeado de árboles y flores, descubriendo allá en las últimas lontananzas del horizonte el mar á un lado y el monte á otro, creí que un nuevo sol iluminaba mi vida y una nueva vida se despertaba en mi espíritu.

Ya no era la campana la que fijaba de una manera precisa los actos de mi existencia; ya no recibía las reprensiones del inspector ó de la madre que encontraba al paso; ya no llevaba el traje cuartelero que publicaba á la faz del mundo mi humillante condición, todo aquello desapareció. Hubo en mí un completo cambio de costumbres y hasta creo que de naturaleza. Comía un pedazo de pan y una fruta del tiempo cuando me daba la gana; retozaba por el campo y con los chicos de mi edad cuando quería; respiraba á pleno pulmón el puro ambiente de los huertos, y cielos y tierra me enviaban miles de besos con las auras de la mañana y las brisas de la tarde, en unión con los que mi madre adoptiva estampaba en mi cara tantas veces como me veía, y sobre todo al cerrar mis ojos por la noche y al ofrecer á Dios su trabajo por la mañana. Y aquí tiene V. otra madre que me deparó la suerte, como la otra me la dió la Naturaleza, pero la suerte y la Naturaleza fueron implacables conmigo. Ya verá V. cómo.

Aquella vida nueva tenía encantos desconocidos para mí, aunque mis pocos años no me permitían apreciarlos en su justo valor: en cambio me imponía privaciones que á ciertas horas del día me hacían desear los goces que antes disfrutaba. La soledad en que vivía me hacía pensar algunas veces en los juegos que distrían nuestros ratos de asueto, y me hacían recordar aquel tropel de niños que gritaban por el placer de dar gusto á sus gargantas,

condenadas por largas horas al silencio; se empujaban unos á otros, corrían á sus anchas y hacían toda clase de diabluras. Ahora, durante el día, á menos que no encontrase algún otro chico de mi edad de las casas de campo inmediatas á la nuestra, con el cual hablaba ó jugaba, vivía casi sólo, pues los hombres y mujeres que entraban, salían ó pasaban por nuestras puertas, apenas si me dirigían una pregunta ó me hacían una caricia. Mi padre adoptivo era un esclavo del trabajo, y mi madre, á pesar de ser una mujer excelente y que me quería mucho, pero sea que como no había tenido hijos, no estaba avezada á estarse ocupando incesantemente de ellos, ó sea que como yo tampoco había tenido madre y no estaba acostumbrado á ir cogido de las faldas de su vestido, el hecho es que los ratos que me dedicaba eran para asearme, enseñarme algunas oraciones, llevarme los días festivos á misa y acompañarme al pueblo para oír la música y ver la procesión en tiempos de fiestas. Eso sí, tantas veces como me veía, me limpiaba si estaba sucio y me encargaba que no me pusiese al sol, que que no me acercase mucho á las acequias y que no intentase subir á los árboles porque era muy pequeño y me podía descalabrar. Yo he llegado á creer, y atribuyo al aislamiento en que viví algunos años, el que mi carácter se haya resentido de cierta reserva y una gran dosis de melancolía. Esto era durante el día; por la noche, mi padre, cansado del trabajo, me cogía en brazos y me llevaba á la puerta del huerto en el verano ó al amor de la lumbre en invierno. El Tío Miguel, que así le llamaban todos, me preguntaba con el mayor cariño lo que había hecho durante el día, si me gustaba la vida del campo, si tenía ganas de ir á escuela y otras de la misma índole. Muchas de mis contestaciones le provocaban accesos de risa y otras le dejaban á veces pensativo. Recuerdo que una noche, al hablar de la escuela le pregunté:—Y cuando vaya, ¿cómo me llamarán?—¿Cómo te han de llamar? Por tu nombre.—Es que V. me llama Micalet y allá en la casa grande me decían Nicolás.—Tienes razón, me contestó algo con-

fuso, pero allá y aquí te hemos dado tus verdaderos nombres. En tu partida de bautismo constan los dos nombres, pero como tú ahora eres mi hijo y yo me llamo Miguel, me gusta más llamarte Micalet que Nicolás. Y además, aunque parece que se indica una cosa pequeña al decir Micalet, ¿si supieras lo que es? Yo te he de llevar para que lo veas: es una torre muy alta con una campana muy grande.—Pues bueno, me llamaré Micalet. Al decir esto el tío Miguel me estrechó en sus brazos y exclamó: ¡Dios te bendiga! Ahora me parece que te quiero más.

Desde aquella noche el nombre de Nicolás desapareció y el de Micalet se impuso por la costumbre.

Poco á poco y á medida que iba creciendo, me fui acostumbrando á aquella soledad que se me hacía más tolerable; primero por la escuela á donde me llevaron á aprender las primeras letras, y después por los trabajos del campo á que mis padres comenzaron á dedicarme.

Y así pasaron no sé cuantos años.

### III

Pero estaba de Dios que mi existencia no había de correr plácida y tranquila. Cuando más dulcemente pasaban los días y más aumentaba el cariño de mis padres, por toda la huerta comenzó á extenderse un rumor, que después se convirtió en alarma y por último adquirió los caracteres de pánico. ¿Qué ocurría? ¿Qué pasaba? Mis padres no podían ocultar su tristeza. Durante el día hablaban con todos los que pasaban en un sentido ó en otro y se comunicaban noticias que, al parecer, debían ser aterradoras, pues sólo se hablaba de muertes; por la noche, sus rezos eran más largos y sus pensamientos más tristes. Todos los días se hablaba de que habían fallecido tantos y cuántos en el pueblo inmediato y en los caseríos comarcanos. Contaban que los periódicos que se recibían daban nota detallada del número de defunciones que habían ocurrido en la capital de la provincia y en las poblaciones más importantes, y por todas partes

se extendía una continuada queja, que á veces se traducía en lamentos y en explosiones de llanto. Entre aquellos gritos de dolor sólo se percibía lentamente una palabra: ¡Cólera! ¡El cólera! ¿Y qué era el cólera? Yo no me daba cuenta de lo que aquella palabra significaba. Si era un enemigo, ¿en qué punto se hallaba y por dónde había aparecido? Si era un sér como todos los demás, ¿qué condiciones eran las suyas y qué circunstancias le acompañaban, que siempre que se hablaba de él se nombraba con espanto? Fuera como fuera, el hecho es que una nube de tristeza se cernía por todas partes, las plegarias subían al cielo empapadas en lágrimas y las muertes se multiplicaban á diario. Yo no me explicaba, en la santa ignorancia en que vivía, lo que era aquello. La gente de las cercanías venía al caer la tarde á la pequeña ermita ó capilla que había junto á la casa, y allí elevaba sus preces á la Virgen, con un fervor que después no he vuelto á ver, pero que justificaba la calamidad que estaba causando tantas víctimas.

Mis padres adoptivos me llevaban cogido de sus manos ante el altar, y allí arrodillados me hacían rezar y rezaban con verdadera devoción.

Así fueron transcurriendo los días de aquel triste verano; el cólera haciendo estragos, la gente encomendándose á Dios, yo indiferente á todo lo que pasaba, porque desconocía el peligro que nos amenazaba, y mis padres preocupados siempre por temores que yo no podía adivinar. A mí solían mirarme muchas veces y los ojos se les llenaban de lágrimas. ¿Tenían el presentimiento de alguna desgracia? Lo ignoro, pero lo que sé es que la desgracia vino. Una noche, después de cenar, el tío Miguel se sintió indispuerto y por momentos se agravó en su dolencia. La tía Rosa fué á buscar un médico al vecino pueblo y en el entretanto me acerqué á la cama del enfermo. No te acerques, hijo mío, me decía; ya que la muerte se acerca, no quiero que también se te lleve á tí. Y aquel cuerpo que se descomponía en vómitos y convulsiones, aquellos ojos que se apagaban, aquella cara que adquiría la

palidez de la cera, parecían hilos invisibles que me atraían hacia aquel lecho en donde se revolvía el sér que más me había querido, al par que este espectáculo alejaba á los curiosos que habían venido á enterarse de lo que ocurría. Aquella escena me causó penosa impresión. Acostumbrado al calor de la vida siempre fecunda de la Naturaleza, sentí angustia en el alma al ver el frío que retorcía el cuerpo de mi padre adoptivo. ¿Cuánto tiempo duró aquel estado de horrible sufrimiento para él y de sobresalto para mí? Sólo recuerdo que cuando llegaron casi sin aliento mi pobre madre medio muerta y el médico medio vivo, yo estaba tiritando en un rincón de la habitación.

¿Qué pasó después? Yo no lo ví, porque enfermé y no presencié la serie de acontecimientos que se precipitaron en aquella casa. Dios no quiso que los viese: de haberse desarrollado encontrándome en buen estado de salud, mi naturaleza no hubiese resistido los golpes que descargó sobre mí la desgracia. Tuve la fortuna de enfermar, si fortuna es sobrevivir á lo que ama uno en el mundo, y por lo tanto, al pronto no me dí cuenta de mi infortunio. Cuando me curé, ó mejor dicho, cuando pude sostenerme, me encontré de nuevo instalado en la casa Beneficencia donde pasé mis primeros años.

*(Se concluirá.)*

---

MARTÍN ORTEGA

## NOTAS MÉDICAS

### Los profanos

Con el triste motivo de la inesperada muerte de la Princesa de Asturias hánse desatado los grandes rotativos madrileños en censuras y severos juicios contra los médicos de cabecera. Velada y jesuiticamente unos, á grito pelado y sin consideraciones otros, cuál más, cuál menos, todos han intentado achacar á impericia ó descuido de los doctores el lamentado fin de la joven y amable Princesa. Es el triste destino de la Medicina. A pesar de ser una de las ciencias más complejas, complica-

das y difíciles de dominar, hállase continuamente invadida en sus dominios por el vulgo. Todo el que habla por este solo hecho, aún cuando á él no acompañe sino una obtusa imaginación, créese en el deber, en el derecho de aventurar, razonar y comentar su particular opinión, con la misma augusta seriedad y solidez que pudiera hacerlo un sábio encanecido, marchito, agotado en el estudio.

Uno de los procedimientos más comunmente utilizados es el de la generalización irreflexiva, absurda. A Fulana, que tenía una enfermedad de la vista, la alivió tal medicamento; luego á Zutana, que también padece de los ojos, debe igualmente curarla, y remedio al canto. ¿Que con el primero no se modifica? Nunca faltará otro profano, charlatán y necio que aconseje otro nuevo, y así sucesiva y rápidamente hasta agotar todo el misterioso, esotérico, profundo saber de cuantos indocumentados conoce la paciente. Hoy, cuando se llama al médico, ya el cliente ha tomado por su cuenta y razón un sin fin de drogas, jarabes, específicos. Entre las cuartas planas de los periódicos y la fácil terapéutica casera de las buenas comadres, es tal la serie de extrañas y variadas maniobras á que el enfermo se somete antes de ser visto por el médico, que luego supone una labor de titán hallar el síndrome claro y neto entre toda la hojorasca que le han añadido los medicamentos tomados con toda sinrazón é inoportunidad.

En los barrios habitados por la clase obrera, cada uno de aquellos portales bajos, estrechos, hondos, siempre idénticos, por los que salen olores nauseosos, mezcla de guisos y sudor, y en cuyas losas grises juegan, medio desnudos, chiquillos sucios, despeinados, es una consulta pública y gratuita á la triste añorante hora del crepúsculo. Cada una de las vecinas desgredadas, harapientas, rugosas, aplastadas como si acabaran de salir de un barril, posee innumerable cantidad de recetas, emplastos y brevajes para todas cuantas dolencias afligen y torturan al género humano. En esos corrillos de portal elabóranse atrocidades sin cuento que hacen peligrar la vida del desgraciado que, resignado, benévolo ó indiferen-

te, tales consejos siga. Cada vez que al pasar por una de esas calles tortuosas que parecen zanjas y sobre las cuales adivinase el cielo como si se mirase por una grieta, oigáis en un corro de mujeres hablar de enfermos ó enfermedades á una *comadre* llena de pingajos y remiendos, agitando con estúpida amaneración sus manos costrosas, agrietadas, sin carne, temblad, pelagra la existencia de un semejante vuestro. De algún pobre desgraciado que en la triste soledad de una habitación *amueblada* con mesas rotas y sillas sin asiento, junto al amarillo polvo de las paredes, que nunca fueron blancas; sobre el suelo frío y húmedo de rojas baldosas, agota todos los medios caseros antes de llamar al médico, jugándose la vida con dolorosa pasividad, mirando pacientemente el círculo negro y vago que en el techo dibujó el humo del quinqué.

Aún casi peor que este aspecto es el de las cuartas planas de los periódicos. En ellas ofrécese á curarlo todo comerciantes despiadados y sólo atentos al lucro. Gran parte de los profanos nutren su cultura médica en tales lugares. Por el mundo andan, corren y gozan *individuos-archivos* de feliz y desocupada memoria, que á cada padecimiento saben oponer siempre, altivos y elocuentes, largas listas de específicos. «¿Le duele á V. la cabeza? Eso desaparece enseguida con las píldoras de X, el jarabe de K, los polvos de R, el granulado de B.» Hora es ya de que tales cosas vayan desapareciendo y de que el trabajo sério y lógico de los médicos se vea rodeado de todo género de garantías suficientes para evitar tan perjudiciales intromisiones, no sólo ya en el terreno científico sino en el económico.

---

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE LA TORRE

PLACIDIA

I

Tras el día cruel descansa Roma.  
¡Sueño de muerte en el sangriento charco!  
Hundidas entre espumas encarnadas,  
brillan las joyas que esparció el estrago.

El hastío del oro y de los besos  
 provoca el sueño y adormece el gladio,  
 y las huestes brutales de Alarico,  
 ébrias de néctar y placer nefasto,  
 descansan sobre el seno de la virgen  
 que vigilaba junto al fuego sacro.

Horrible amanecer... Sueltas las bridas  
 de su corcel teutón ó escandinavo,  
 desnudos y oxidados los aceros,  
 nervosas las gargantas y los brazos,  
 cubriendo el casco la melena inculta,  
 con los robustos pechos dilatados,  
 que palpitan detrás de las escamas  
 y lanzan el rugido hasta los labios,  
 el pueblo de Nerón, hijo de Remo,  
 les vió pasar terribles, caminando  
 sobre el tirso de rosas imperiales  
 que el César arrojó con hondo espanto...

¡Les vió escupir sobre el altivo templo  
 y hollar el Capitolio soberano!  
 ¡Envuelto en llamas el cendal de Vesta!  
 ¡Deshonradas sus hijas en el barro!  
 ¡Roto el escudo del temible Marte!  
 ¡Llorando Urania tras el velo blanco,  
 ya se columbra el porvenir horrendo  
 de la ciudad venal que afeminaron  
 los que, envueltos en joyas y perfumes,  
 olvidaban á Lépido y Octavio...  
 trocando en ceñidores de jazmines  
 la corona de sierpes de Espartaco!

## II

Las altas gradas del palacio inmenso,  
 que á pétreo columnata dan descanso,  
 sustentan los colosos de granito,  
 por capitel corintio coronados;  
 los rojos resplandores del incendio,  
 de oro y de sangre les envían rayos,  
 y se tiende la sombra de los fustes,  
 ocultando á los muertos con su manto.

Gotea el rojo en los peldaños fríos,  
 y ante un montón de cuerpos destrozados,  
 sangrientos restos y rasgados miembros  
 (carnaza humana que prestó el esclavo),  
 una mujer... aparición sublime,  
 hermosa y noble, con semblante airado,  
 extiende el brazo, que venganza impetra  
 cubierto de zafiros y topacios.

Robusto el seno, de blancura hermosa,  
 brindando amor los purpurinos labios,  
 el pié de rosa en la sandalia breve,  
 formas de Vennus que acaricia el manto,  
 lanzan sus ojos centellantes luces,  
 mirando la ciudad que hierve abajo.  
 —¡Mi Roma! —grita; ya los rizos suaves  
 lleva con furia la nerviosa mano.  
 —¡Cobardes! —ruje, y al mirar el fuego,  
 sorbe á torrentes el furioso llanto.  
 ¿Qué se hicieron las águilas de Augusto?  
 ¿Qué se hicieron las glorias de Trajano?  
 ¿A dónde están los hombres de las Galias  
 que hollaron el Egipto con sus pasos?  
 —¡Cobardes! —grita, —entre placeres toscos  
 de impura meretriz y orando á Baco,  
 vuestros nervios son sedas que se doblan,  
 vuestra sangre son lodos congelados.  
 ¿Quién pudo, Roma, aniquilar tus dioses?  
 ¿Quién te destruye con su aliento bravo?  
 —¡Yo! —le contestan desde el fondo obscuro,  
 y avanza un joven de floridos años.

## III

Cubren las mallas su robusto pecho,  
 bermejo bozo sobre el lábio pálido,  
 casco brillante, y en los ojos tibios,  
 azules llamas de fulgor extraño.  
 —¿Quién eres? ¡Oh, mujer! —pregunta an-  
 [sioso; —  
 quizás Odín, el génio de mis bárbaros,  
 te formó con claveles de Circasia  
 para que el vencedor te dé sus brazos.  
 ¿Ves la hermosa ciudad? Pues toda es tuya;  
 Honorio huyó temiendo á mis vasallos,  
 mi rey ha muerto al ver el Capitolio  
 y nadie á mi poder estorba el paso.  
 Yo te entrego sus joyas, esos templos  
 que sintieron el peso de mi gladio,  
 y te doy centenares de patricios,  
 de pretores y jueces por esclavos.  
 Habla, mujer, que digan esos ojos  
 que me puedes amar; sólo al persarlo  
 siento que puedo devolvete á Roma,  
 para que tú la rompas con tu mano.  
 —¿Quién eres? —¡Ataulfo! Ven y escucha, —  
 prorrumpo la patricia, y al mirarlo,

siente nacer en sus entrañas fieras  
la inmensa admiración y el entusiasmo.  
Le conduce, entre lámparas que arrojan  
los perfumes de Siria regalados,  
le asienta entre tapices que tejieron  
con pieles de pantera y leopardo.  
—¡Quiero tu amor!—le dice,—casi niño  
has podido llegar á mi palacio,  
convirtiendo en pavesas y ruínas  
la podrida ciudad de nombre magno.  
Tú mereces mi amor. Eres muy grande;  
besa, pues, loco mis ardientes labios;  
que yo acaricie tus cabellos rubios,  
que las nieves de Islandia platearon;  
hunde en mi seno tu grandiosa frente,  
pues merece coronas de alabastro,  
y al gran botín de la vencida Roma  
une el botín del corazón que guardo.—  
Cayó Placidia, en la tranquila noche,  
del fiero godo en los robustos brazos...  
Y la ciudad dormía con la muerte...  
Y las gotas de sangre iban filtrando,  
á mojar en las negras catacumbas  
los sepulcros de Papas y de Santos...  
¡Brilló la Aurora! El cristianismo eterno  
mostró la cruz en el azul espacio,  
y el Dios de la verdad alzó su trono  
encima de los tómulos paganos.

## V. CALVO-ACACIO

### BIBLIOGRAFÍA

Dr. D. Luis Comenge.—Generación y crianza ó higiene de la familia.—Barcelona. Espasa, Editor.

Libro ameno é indispensable para los casados.

La casa Espasa, de Barcelona, ha tenido el buen acuerdo de encargar al eruditísimo señor Comenge la redacción de una obra, que con la *Higiene del Matrimonio* de Monlau, la *Medicina de las pasiones de Dicuré*, la *Fisiología del gusto* de Savarin, y demás obras reputadas por indispensables para el régimen del cuerpo y del alma, debe figurar en todas las bibliotecas, desde la exigua del obrero, á la nutrida del hombre de ciencia.

Por fortuna va entrando en la masa social el respeto y el amor á la higiene. Médicos y sociólogos han prestado con ello un grande servicio á la humanidad, libertándola de todas aquellas preocupaciones hijas del abandono y de la ignorancia en que vivió desde antiguo.

Sin embargo, en la bibliografía familiar, por decirlo así, faltaban libros que tratando de asuntos de indole delicada pero de trascendental importancia, pudiesen ser leídos por todos sin la más mínima ofensa para el pudor. Existen, sí, centenares de opúsculos que tratan más ó menos cuerdamente de higiene íntima de las familias, de la generación y crianza, pero en ellos parece que se tienda más á la explicación de insanas curiosidades que á dar á conocer metódica, racional y discretamente útiles consejos para que los padres de familia puedan atender á la educación higiénica de sus hijos. Porque en las cuestiones de higiene sucede como en las docentes, el Estado no puede hacerlo todo, sino que han de ayudarle los individuos, según sus medios y condiciones.

De nada servirán las leyes de Sanidad, ni las más felices iniciativas de los gobernantes, si en nuestros hogares se olvidan las más rudimentarias reglas higiénicas y nos entregamos por entero á supersticiones y prácticas estúpidas.

Con la lectura del libro que ha comenzado á publicar la casa Espasa, basta para que los jefes de familia, que son los que tienen la obligación moral de cuidar de la salud de los suyos, aprendan lo que nadie debe ignorar, conocimientos que sirven para dar á la educación base firme, sólida y libre de sensibles accidentes y desventuras.

Aparte del indiscutible valor científico, tiene el libro del Dr. Comenge lo que todos los suyos, un encanto de estilo que subyuga. La prosa es limpia y honrada como el espíritu del libro, tanto, que es muy difícil dejarlo de la mano leída la primera página.

Elogiar al Dr. Comenge, cuya reputación como escritor, como erudito y como médico es universal, resulta ridículo; cuando los hombres más eminentes de España llegaron, al

hablar del Vicepresidente de la Junta provincial de Sanidad de Barcelona, al límite del elogio, intentarlo por nosotros sería empequeñecerle.

## CÉSAR JUARROS

Doctor J. Esteban de Marchamalo. — Los Universitarios. — Madrid.

Fué una desilusión. Creí yo al comprarle que en sus páginas iba á encontrar mi espíritu sobrada justificación para poder volver á vivir, por unas horas, el ambiente nostálgico de bohemia estudiantil. Pensé que al leer aquellos renglones refrescaríanse en mi memoria los dulces y ya llorados días en que se temblaba ante la idea de ser preguntado por el grave profesor, se aprendían las lecciones en las esquinas, esperando con firme confianza la salida de la novia á cualquier recado de urgente necesidad para el obrador y se pasaban los noches en sanas alegrías, llenando el monótono hueco de las horas grises á fuerza de planes y proyectos.

Nada de esto existe en «Los Universitarios»: sátira sosa y vulgar, ironías resobadas, pedantescas y despiadados ataques á personalidades de las Universidades, esto es todo. Aquello, ni halaga ni convence, por su estilo ramplón y pretencioso, insulsez á todo pasto y alusiones de fines mal encubiertos.

Una evocación sincera y sentida de la vida estudiantil, sin pensar en Catón, penetrando en el fondo de las almas, llevando la investigación literaria á los amorosos rincones en donde reina la alegría sana y fuerte de la juventud, es una labor aún por hacer, que hubiera llenado de gloria al doctor J. Esteban de Marchamalo. Pero aquellas pequeñeces, todas aquellas ruindades, relatadas sin otro fin que el de zaherir y molestar más ó menos justamente á unos cuantos señores, son incapaces de preocupar á nadie que tenga puesta la vista en lejanos y adorables ideales de amor y belleza.

Para decir y afirmar con rotundez pero grulesca que «la educación será el principio y el fin de su mejoramiento y bienestar», no había necesidad alguna de emplear trescientas diez y siete páginas, haciendo gemir á las inocentes prensas.

Esta manía de escribir á tontas y á locas sin tener nada nuevo que decir, debiera ser reprimida, pues los que tales cosas *fabrican*, no solo se perjudican á sí mismos, exhibiendo torpezas y debilidades que muy bien pudieran haber tenido ocultas, sino que creando una lamentable atmósfera de desconfianza, fastidian y roban lectores á gentes intelectuales que por el mundo ruedan sin hallar un editor que les saque á luz decorosamente, facilitando una venta que de otro modo nunca llega.

Asuntos como los que se exponen en las páginas de «Los Universitarios» deben llevarse á la prensa, á la tribuna, pero nunca á la novela, á menos que se cuente para defensa de las arideces del asunto con un estilo flaubertiano. A la generalidad de los mortales tiénnos sin cuidado todos esos odios y rencillas de claustros adentro. Que un profesor sabio y justo quede postergado por influencias de la peor índole, es una cosa deplorable que debe procurarse evitar, sin recurrir para ello á forjar trabajosamente una novela, capaz de convertir en corcho, valga el símil, el cerebro mejor organizado. Debe serse moral, velar por la realización de los grandes ideales de paz y justicia, pero sin molestar á nadie á fuerza de párrafos y más párrafos pesados y anodinos en extremo.

Santiago Rusiñol. El pueblo gris. Biblioteca nacional y extranjera. Madrid 1904.

En este libro, melancólico y lloroso, cuéntanse de galana manera varios pequeños detalles de la triste vida de los hombres, en esos pobres pueblos sin alma, perdidos en las llanuras de la vieja España. Es la dolorosa novela de los pueblos españoles, con sus casas se-

culares, llenas de corcovas y remiendos; con sus áridos corrales, cercados de ruinosos paredones, que tristemente, poco á poco se van desmoronando; con sus gallinas que picotean el estiércol en el abrumador silencio de las calles solitarias.

Leyendo aquellas páginas, lentamente vá llegando al alma una pena honda, sin consuelo, traída por la perturbadora visión de mil humildes resignaciones, cruelmente evocadas por el artista. *El pueblo gris* es un libro despiadado, torturante. Parece la satisfacción de un odio, una venganza, la venganza del artista que tuvo que descender para curar su cuerpo, á riesgo de embotar su alma. Las severas imposiciones médicas de «No trabaje usted, lleve usted una vida de paz y distráigase», acaso sean la explicación de toda aquella persistente polarización psíquica, de aquel observar rabioso y enfermizo. El pueblo es gris para Rusiñol, porque está visto en plena soledad intelectual, oyendo caer las horas con desesperante lentitud, graves y pausadas, de la antigua torre; sintiendo removerse martirizadora en el fondo del alma la nostalgia de los libros, de los pinceles, de la blancura virginal y sugestiva de las cuartillas. Todo el problema psicológico reside en una falta de adaptación. Cuestión de ambiente. Los ignorantes campesinos, que por su fortuna desconocen esas raras violencias de los sentimientos, entenebrecedoras de los espíritus, no supieron comprender las delicadas sutilezas del artista, y éste, iracundo, falto de toda compasión, cruel y vengativo como un dios pagano, sácales á la vergüenza pública en toda la desnudez de sus pobres vidas estériles, recargando con estudiada dureza las tintas negras, disimulando los tonos rosados y buenos. Rusiñol fué un extraño que no conoció la dicha de los pueblo sencillos, tranquilos, porque no penetró en las alegrías de la vida de familia, reposada, bendita, risueña, que tan bien supo cantar el holandés Jacobo Cats.

La última obra de Rusiñol es una caricatura moral de colorido agresivo, brutal, como los cuadros de Hogarth. Algunos capítulos son reales, demasiado reales; en otros Rusiñol,

como Leopardi, no concibe sino su dolor, separándose voluntariamente de todos los humanos que le rodean, despreciándolos, sin haber profundizado en la íntima labor de su sentir, huyéndolos, sin haber buscado en ellos las fuentes de belleza.

Otro defecto hallo yo, anejo á este exceso de personalidad orgullosa: el deseo de molestar, de traer al ánimo del lector penas y tristezas, olvidando que el arte es una fórmula de consuelo, el medio más eficaz para alejar y deshacer las nieblas de la vida. El mundo á donde nos lleve el artista debe ser un mundo ideal, un rincón amoroso donde poder refugiarse unas horas, para abandonar el pesado fardo de nuestras debilidades y desgracias. Como dice Richter, de las heridas que nos cause, solo debe correr un bálsamo bueno y embriagador que nos haga olvidar y soñar. Gøthe, uno de los creadores más personales, pues según él, toda su labor literaria está formada por fragmentos de una confesión general, nunca llegó á la realidad desconsiderada y escarnecedora que modernamente se va estilando. Los literatos de imaginación deben ser, como pretendía Emersón, dioses libertadores, seres libres, encargados de libertar á los mil que cayeron prisioneros en la lucha por la existencia. El arte, como en una de sus últimas obras afirmaba González Serrano, tiene ó debe tener como principal y casi exclusiva misión purificar, oxigenar la atmósfera caliginosa que nos rodea, asfixiándonos las más acariciadas ilusiones. El descubrir llagas y más llagas, para ni intentar siquiera el aliviarlas, es poco humano y quita á la labor creadora toda trascendencia. La poesía, decía Shelley, «dá siempre todo el placer que el hombre es capaz de recibir».

Actualmente esta opinión no tendría ningún valor. El mundo, la vida, como pensaba Schopenhauer, no puede satisfacer nuestros deseos de vivir. El arte y la ciencia fueron creados para justificar nuestra existencia, ¿por qué olvidar esto y aumentar nuestros infortunios, usando como instrumento de tortura lo que nació para crear horas de placer? Volvamos á la ingenuidad natural y confor-

tante de Homero. Riamos, aprendamos á reir, como quería Zarathoustra.

---

**Shelley. — Defensa de la poesía. — Biblioteca nacional y extranjera. — Madrid 1904.**

Es un tomito de noventa páginas, discretamente editado y con lectura amena, laboriosa, esquisita. Fórmanle tres trabajos, titulados: *Defensa de la poesía, Del amor, Discurso sobre las costumbres de los antiguos, relativas al sujeto del amor*. En la *Defensa de la poesía* dícense cosas muy oportunas y puestas en razón, contra la corriente y moliente vulgaridad de que la poesía está llamada á desaparecer, pues para ello fuera necesario «*que la corrupción destruyera por completo el edificio de la sociedad humana*». La poesía tiene un dulce papel en el mundo.

Si, como dice Guyan, cada generación añade una duda más á las que surgieron en el espíritu de sus antepasados, no es posible desprenderse del único bálsamo moral que nos queda á las almas débiles, á *crédito*, que decía el cínico Sthendal. La realidad suele ser demasiado brutal para no tratar de huirla. Es necesario, imprescindible, vivir un mundo lleno de ensueños y alucinaciones, construido á la medida de cada modalidad mental en particular. Los materiales dálos la poesía con su dulce rimar y delicioso evocar, como quería Nietzsche; debemos despreciar la vida por indigna de ser vivida si de ella arrancamos lo ideal, lo fingido para enmascarar nuestros dolores.

Hay que hacer una novela de cada existencia; pero una novela espiritual, delicada, sobre cuyas raras y estrañas aventuras corra purificando la vulgaridad, desvaneciendo lo mediocre, ahuyentando el tedio monótono de lo esperado, ese fluido invisible que embellece las horas de los que saben refugiarse más allá de las fronteras de la grosería ambiente.

Pronto, muy pronto volverá el reino de la poesía, traído por los mismos que ahora aparentan despreciarla, y entonces se despoblarán

las tiendas y las oficinas de seres ansiosos de sentir sobre sus pechos la nueva llama divina, de adormecer sus sufrimientos bajo el rítmico balanceo de las copas de los árboles. Y cuando en las tardes otoñales, al ir el sol ocultando su disco pálido tras la negrura recortada y pensativa de los bosques, se cubra la tierra de tinieblas y comiencen á bajar á los valles aires de la sierra, cansados de jugar entre los riscos con los copos de nieve, hasta los mediocres sentirán en sus almas una vaga inquietud que les hará correr tras la única dicha posible, buscándola en las oscuras melancolías de los campanarios, en los viejos conventos perdidos en la augusta y plácida serenidad de los campos silenciosos, solitarios, en los jardines invernales, viendo blanquear entre los desnudos árboles, amorosas, dolientes, humildes, las tristes estatuas de resquebrajada escayola.

La imaginación estética, con sus representaciones sugestivas de las cosas, no puede morir nunca. Es la primera en aparecer, tuvo en el origen de las sociedades un desarrollo extraordinario (Dugas) y volverá á tenerlo en época ya no muy lejana, porque así lo reclaman una multitud de ansias misteriosas, de vagas sensaciones sin nombre, que empiezan á agitarse en el íntimo sentir de los hombres, hartos ya de positivismos, deseosos de dar la razón á Renan, volviendo á la antigua, la primitiva edad de oro, en que, como afirma el personaje de una obra de Benavente, cada lágrima era un verso sobre el papel.

---

**Ph'lippe Auguier. — Puget. — Leur vie. — Leur œuvre. — Laurens, éditeur. — Paris.**

En aquella interesante época en que el cardenal Richelieu iba preparando lenta é incansablemente el triunfo definitivo de la autoridad monárquica, fué en la que vivió, trabajó y brilló el artista motivo del libro que nos ocupa. Comenzaba á adquirir el idioma francés la asombrosa facilidad de estilo que le caracteriza. Descartes, altivo, independiente,

con esa rudeza amable y buena de los grandes genios, escribía su tratado del mundo; corrían de boca en boca los versos de Rousard rebosando imaginación, y Corneille preparaba el extremo de su Cid.

La vida de Puget se desarrolló en aquel período de iniciación, de presentimientos. Su obra supone un esfuerzo sorprendente, enorme, anonadador. Su potencia soberana tuvo que luchar con todo género de dificultades, de obstáculos, de contrariedades. Las vicisitudes de su existencia le llevaron á una multiplicidad de labores que constituyen el tono especialísimo de toda su originalidad. Comenzó de aprendiz de escultor para galeras, en un viejo arsenal, donde pacientemente, resignado, bueno y triste, consiguió bien pronto, merced á la gran fuerza asimilativa de su inteligencia, llegar á ser uno de los obreros más hábiles. Cuando ya nada podía aprender, su ideal le llevó á Italia, la Meca de los artistas, donde logró éxitos sin cuento. El artista estaba formado.

Anguier ha seguido paso á paso su vida con minuciosidad demasiado prolija de archivero, de vieja de pueblo. Los datos, siguiéndose unos á otros, se agolpan y estrujan, deformando la idea general que debía vivir en el fondo del libro. En las páginas están todos los hechos, todas las idas y venidas, todas las fechas que pueda apetecer cualquier erudito á la violeta, pero no está Puget; en ningún momento se vislumbra el alma, la personalidad creadora y poderosa, única capaz de interesar al lector. Aquella relación continua, incansable, con toda la fría monotonía de un documento oficial, de un legajo oficinesco, con la indiferencia pasiva y necia de una minuta, de un borrador burocrático, es menos, mucho menos de lo que un artista merecía. Si en alguna, muy rara ocasión aparece el crítico, es tan solo para desfigurar, cambiar y trastocar los justos medios, manejando loca, furiosamente el incensario, agotando adjetivos, rebuscando frases dulzonas, empalagosas, altisonantes. El nombre de Puget no puede colocarse á igual altura que el de Miguel Angel, sin grave riesgo para la verdad y la justicia.

Aun para un meridional,\* es esa demasiada exageración.

Recuérdense el Moisés del uno y el Cristo del otro y se comprenderá lo mucho que en tal afirmación ha puesto el amor á la patria chica. Para mí, la manera de interpretar la figura del Salvador ha sido siempre la piedra de toque de la exquisitez de alma de los artistas. El Cristo de Puget es bello y retocado como un tenor de ópera. Mucho más que Puget vale nuestro Alonso Cano, como él escultor, arquitecto y pintor, y del que no parecen acordarse todo lo debido los que en asuntos de arte se ocupan.

---

**S. Ramón y Cajal.**—*Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados.*—Madrid 1904.

De Cajal es imposible hablar en una humilde nota bibliográfica hecha al correr de la pluma, recién acabada la lectura, no desvanecida aun la adorable embriaguez que todo libro bueno sabe dejar en el espíritu del lector.

Además de esta imposibilidad, el hacerlo tuviera mucho de profanación. Juzgar el fruto de 16 años de persistente investigación personal en el breve espacio de un par de cuartillas, sería tan necio como desconsiderado.

Sirva tan solo esta anotación, y en tal sentido me atrevo á hacerla, como aviso á los admiradores del gran histólogo, de que su obra fundamental ha salido á la triste espera de los escaparates de las librerías.

---

## REVISTA DE REVISTAS (\*)

**La Lectura.**—Entre muchos é interesantes trabajos dignos de la publicación diri-

---

(\*) En lo sucesivo, y según el espacio de que podamos disponer, extractaremos los artículos más notables de cierto número de revistas nacionales y extranjeras.

gida por Acebal, merece citarse la *Crónica Internacional*, escrita por el catedrático señor Fernández Prida.

Es objeto de la referida crónica el tratado anglo-tibetano firmado en Lhasa á principios del mes de Octubre, convenio comercial y político á la vez que significa un grande triunfo para la diplomacia inglesa.

Bajo el pretexto de que no se cumplían los tratados entre el Tibet é Inglaterra, ni se otorgaban las facilidades debidas al comercio inglés, se envió una misión diplomática apoyada per una expedición militar, destinada á obtener en Lhasa, ciudad santa del budismo, las reparaciones que el interés británico exigía. Y en efecto: la doble misión, dirigida respectivamente por el coronel Younghusband y el general Macdonald, salió de la India en 1903.

La conducta de los expedicionarios, modelo de circunspección y de tolerancia—la que cabe en un pueblo invasor que vá más á su interés que al ajeno,—facilitó el éxito, y aunque con la huida del Gran Lama pareció dificultarse al pronto el asunto, gracias á la energía y á la táctica de los jefes expedicionarios se logró que el sustituto del sumo sacerdote y el Consejo de los Cinco pusieran su firma y sello en el tratado del 1.º de Septiembre.

Según él, se otorga plena satisfacción á las reclamaciones británicas; comprométese el Tibet á rectificar límites fronterizos, á establecer mercados que faciliten el comercio con la India, á modificar, de acuerdo con la Gran Bretaña, el tratado de 1893, á estipular una nueva tarifa aduanera, á mejorar vías de comunicación comercial, á demoler fuertes situados cerca de la frontera indostánica y á pagar una indemnización de 500.000 libras esterlinas.

No menos ventajosas son las condiciones políticas del tratado, de las que se desprende que la península indostánica entra por completo en la esfera de la influencia británica, que burla burlando adquiere derechos propios de la soberanía.

Con este tratado tan ventajoso para Inglaterra, Rusia, que hasta hoy le disputaba su

predominio en el Tibet y la confianza en el Gran Lama, ha sufrido una derrota; la balanza ya no se inclina del lado moscovita, pues pesan más para los tibetanos las fuerzas de China agradecida y de Inglaterra que las de Rusia en decadencia.

Tiene el nuevo convenio—concluye el señor Prida,—en realidad, á pesar de la relativa y aparente modestia de sus cláusulas, incalculable trascendencia para la futura suerte del mundo oriental; convenio que otorga á Inglaterra en plena paz prestigios y poder mayores que los que probablemente han de alcanzar el Japón ó Rusia cuando termine la guerra en que hoy despiadadamente se destrozan.

**Nuestro tiempo.**—En el seno del país titula Salvador Canals, el cultísimo director de esta notable revista, su crónica del mes pasado. Todo cuanto brota de la fecunda pluma del notable periodista tiene los atractivos que le dan su inteligencia tan bien equilibrada y su juicio sano, severo y profundo. Pero las crónicas que publica en la revista que dirige se distinguen entre todos sus escritos por la solidez y galanura del razonamiento y por el acierto con que trata las cuestiones políticas palpitantes.

La ignorancia de nuestros políticos de arriba, de abajo y del medio—dice en su última crónica—es característica; el espectáculo que las bibliotecas de las Cámaras ofrecen es desolador; con las colecciones del *Diario de Sesiones*, el Alcubilla y algún manualetе jurídico están colmadas las necesidades intelectuales de la mayor parte de los diputados á Cortes.

A este mal grave se le puede añadir otro peor: el desconocimiento absoluto del país. Así se explica que los grandes talentos hayan sido estériles para el bien público en todos tiempos. El espíritu español, muy agudo en la observación de detalles, parece completamente vano para observar la colectividad.

Las estadísticas de cosas españolas, ó no existen ó son de aterradora deficiencia; por ejemplo: en cierta provincia castellana, de condiciones muy saludables; se daba el caso

de que la mortalidad fuese del 18 por 1.000 en los pueblos y del 54 por 1.000 en la capital. Pues luego se puso en claro que ese 54 por 1.000 no significaba otra cosa que la reducción hecha, mediante influencias, de la verdadera cifra de la población de aquella capital, que se conformaba con el renombre de insalubre á cambio de pagar menor cupo de consumos.

La salvación de España, según el Sr. Canals, está en instaurar y seguir una política experimental, objetiva, desatendiéndose de artificios políticos para ir en busca de la realidad nacional, colaborando á dicha política el país mediante el ejercicio constante de todos los derechos cívicos.

La prensa sería en España un gran instrumento experimental sino fuera el baluarte más firme de la política subjetiva.

Después de afirmar que es supuesta, ilusoria la reacción de arriba y la intranquilidad de abajo y de combatir las exajeraciones de fatalistas y de optimistas en las cuestiones agrícolas é industriales, sostiene que para orientarnos debidamente en los altos problemas que nos preocupan nos falta ambiente moral, fenómenos sociales hondos y permanentes como resultado de un *resurgimiento* de la sociedad entera, armónico y simultáneo de todas sus fuerzas morales y materiales.

No se vé acto político alguno en el que no sea fuerza señalar una intención personal raquílica como móvil de toda acción.

Y no es maldad ni mala fé, es ignorancia, desconocimiento del país, vicios que quitan las últimas esperanzas de que España arroje de sus hombros el sudario blanco de la inconciencia con que va camino del limbo...

**Revista Gallega.**—Lo más saliente de ella es la poesía que inserta, leída por el eminente poeta coruñés M. Curros Enriquez en la solemnidad de su coronación. Hé aquí algunos fragmentos tal cual están escritos, porque perderían con la traducción el encanto y ternura propios del dulcísimo dialecto gallego:

Niñas donas, meus señores,

gue pol os papés chamados  
(Sempre estremosos comigo)  
Vindes honrarme á este acto:  
¡Que non salla d'este sitio,  
Onde me trouxo o meu fado,  
Se sey cómo agradecervos  
Tan lisonxeiro agasallo!

...  
E... ¿quén son eu? Un poeta,  
Ou, como quen dí, un paxaro  
A quen tallaron o bico  
Cando empezaba o seu canto;  
E que, dende aquéla, mudo,  
D'os patrios eidos xotado,  
Por longas terras e mares  
Arrastra as aás sangrando.

Un poeta á quen un día  
Hastra ese nome negaron,  
Porque arrolar nunca soupo  
O sono vil d'os tiranos;  
Porque despertaba ós pobos  
C'os seus alegres recramos  
Y-agoiraba auroras novas  
Que xa están alborexando;

...  
¿Quén non recolle inxusticias  
N'ó mundo e non trepa cardos?  
¿Quén non probou algún día  
D'a sorte o rigor amargo?  
¿Quén pol-a cega amistade  
Non foy unha ves gabado,  
Nin qué corazón sinxelo  
Non se viu esposto á enganoso?

Os meus traballos, por meus,  
Débenvos ter sen coidado,  
Que s'eles son merescidos  
Con sofrilos están pagos;  
Y-os meus versos, se son bos,  
Anque eu os teño por malos  
(Y a proba téndela n'estes  
En que vos estou falando)  
Pois que os sabés de memoria  
Y-andan en todol-os labios,  
¿Qué outro galardón precisan  
Se con galardón soñaron?

...  
Namentras, lindas cruñesas,  
D'ollos como os meus pecados,

¡Adios! ¡Adios, pescadores  
 D'ó mar, n'a terra pescados  
 Pol-as meigas, os caciques  
 A usura... y outros andacios!  
 ¡Adios, Orzán tempestoso,  
 Mestre-cantor afamado,  
 Que presides os concertos  
 D'os trovadores cantábricos;  
 Patria de meu pai querida,  
 Montes irtos, verdes campos,  
 Mallas, degruas, esfolas  
 N'as noites de luar craro,  
 Romarías, gaitas, festas  
 Arredor d'ó santuario,  
 ¡Adios! ¡E adios compañeiros  
 Y amigos d'ó vello bardo!

Con fonda pena vos deixa  
 Meu corazón desolado;  
 Mais así o quer o destino  
 E non é ben contrarialo.

Cuba, que amey delorida,  
 Acólleme espatriado  
 E n'ela n'ha de faltarme  
 Unha cunquiña de caldo.

A todos aquí vos teño  
 Dentro d'ó peito cravados,  
 A todos, porque non levo  
 De nadie recordos malos.

¡Inda adios! ¡E faga a sorte  
 Que, xa que tristes nos damos  
 A última aperta, vos tope  
 A volta alegres e salvos!

**Revista frenopática española.**—Barcelona.—Autoscopia.—Apuntes de psiquiatría, por el Dr. D. Fernando Bravo.

*Autoscopia*, visión de sí mismo, es la facultad de verse como en un espejo pero sin que exista éste. Una imagen en todo semejante á nuestra propia imagen, por las facciones, por los rasgos, la talla, los gestos, el vestido, etcétera etc. Es necesario tener un poco alterado el cerebro para poseer dicha facultad.

Alfredo de Musset y Guy de Maupassant, disfrutaron de la no envidiable singularidad de exteriorizar su sombra y verse doble.

El Dr. Sollier ha observado una docena de casos de ese género.

Estos fenómenos de autoscopia han sido estudiados, sobre todo, por los médicos mentalistas, aunque no sean siempre un síntoma de la alienación mental. ¿Esas alucinaciones constituyen un síntoma de locura? Cualquiera que sea la opinión respecto á semejante punto doctrinal, es lo cierto que personas que han creído en la realidad de sus alucinaciones como Mahoma, Napoleón, Sócrates, Benvenuto, Cellini, Pascal, Juana de Arco y Lutero, es muy difícil considerarlas como enajenados.

Existe mucha variación en la intensidad con la que se presentan los fenómenos autoscópicos.

La hora de la presentación suele ser al atardecer ó en las primeras horas de la noche, en las habitaciones débilmente alumbradas. Otras veces acontece en el momento de despertarse, cuando las impresiones exteriores no se perciben con la suficiente nitidez y limpieza.

Habitualmente, el personaje autoscópico es mudo. A veces puede existir un diálogo entre los dos yo, y en este caso el doble se muestra en general animado de un fuerte espíritu de controversia y contradicción.

Como explicación de la autoscopia se ha dicho que es una alucinación de la vista; para el Dr. Sollier es un fenómeno de orden cenestésico (*cenestesia*, sentimiento interior de sí mismo). Sentimiento que, confuso y vago en la generalidad de las gentes, puede aumentarse en algunos hasta el extremo de poder objetivar sus sensaciones. Esta sensación objetiva de sí mismo y revestida con los atributos exteriores que el sujeto ve, *no con los ojos de la carne*, como dijo Goethe, *sino con los ojos del espíritu*, es lo que constituye la autoscopia.



## LOS GRANDES FILÓSOFOS

NIETZSCHE.---

## FRAGMENTO

Es una tradición indiscutible que la tragedia griega en su forma más antigua tenía por único objeto los sufrimientos de Dionisios y que durante el período más largo de su existencia el sólo héroe de la escena fué precisamente Dionisios. Pero con igual certeza puede asegurarse que antes, y hasta Eurípides, Dionisios jamás dejó de ser el héroe trágico, y que todos los personajes célebres del teatro griego, Prometeo, Edipo, etc., son solamente disfraces del héroe original. El que detrás de estas contrafiguras se oculte un dios es la causa esencial de la idealidad típica tan frecuentemente admirada en estas gloriosas figuras. No sé quién ha pretendido que todos los individuos son cómicos en tanto que son individuos, y por tanto, no trágicos, de donde se deduciría el por qué los griegos, en general, no podían soportar á los individuos en la escena trágica; parece como si así sintiesen en realidad, indícalo la distinción platónica, profundamente encarnada en la naturaleza helena, de la «Idea» en oposición al Idolo, á la imagen.

Para emplear la terminología de Platón se podrían explicar las figuras trágicas del teatro griego, poco más ó menos del siguiente modo: lo verdaderamente real, Dionisios aparece en una pluralidad de figuras bajo la máscara de un héroe combatiendo y se encuentra al mismo tiempo enlazado en las artes de la voluntad particular. El dios se manifiesta entonces por sus actos y por sus palabras; como sus individuos, expuesto al error, al deseo, al sufrimiento. Y que él aparezca así, con esta precisión y esta claridad, es la obra de Apolo, intérprete de los sueños, que revela al corazón su estado dionisiaco por esta apariencia simbólica. Pero en realidad, este héroe es el Dionisios sufriende de los Misterios, el dios que experimenta en sí los dolores de la individuación

y del que admirables mitos cuentan que, en su infancia, fué despedazado por los Titanes y adorado así bajo el nombre de Zagreus. Esta leyenda significa que esta mutilación, el verdadero sufrimiento dionisiaco, puede ser asimilado á una metamorfosis en aire, agua, tierra y fuego, y por consecuencia debemos considerar el estado de individuación como la fuente y el origen primordial de todos los males.

De las sonrisas de este Dionisios nacieron los dioses, de sus lágrimas, los hombres. En esta existencia de dios puestos en colgajos, Dionisios posee la doble naturaleza de un demonio cruel y salvaje y de un maestro dulce y clemente. Pero la esperanza de los Eoptas fué un renacimiento que debemos presentir como el fin de la individualización. La venida de este tercer Dionisios es la que canta el himno de alegría frenética de los Eoptas. Y sólo esta esperanza puede hacer brillar un rayo de alegría sobre la paz del mundo fragmentado en individuos: tal como lo muestra la leyenda, por la imagen de Demetero sumido en un duelo eterno y que solamente encuentra la alegría cuando se le dice que todavía puede dar á luz una fe Dionisios. Con las consideraciones que preceden poseemos todos los elementos de una idea del mundo pesimista y profundo y al mismo tiempo la enseñanza de los Misterios de la Tragedia. La concepción fundamental del monismo universal, la consideración de la individualización como causa primera, el mal, el arte, en fin, figurando la esperanza risueña de una liberación del yugo y el presentimiento de una unidad reconquistada.

Ya he dicho más arriba que la epopeya homérica es el poema de la cultura olímpica, el himno de victoria donde se cantan los terrores de la guerra de los Titanes. Bajo la influencia preponderante del poema trágico, los mitos homéricos renacen al presente transformados y mostrando por esta metempsicosis que, desde luego, la cultura olímpica ha sido vencida por una idea del mundo aún más profunda. El fiero Titán Prometeo declaró que su poder sería algún día amenazado de

los mayores peligros si no se uniese á él en el momento favorable.

En Esquilo reconocemos la alianza de Titán y Zeus aterrorizado, tocando á su fin. La filosofía de la naturaleza salvaje y desnuda contempla á la luz cruda de la verdad los mitos del mundo homérico que danzan delante de ella: ellos palidecen y tiemblan bajo la mirada brillante de esta diosa hasta que la mano poderosa del artista dionisiano les obliga á servirla nueva liminidad. La verdad dionisiaca se vale de todo el imperio del mito como del símbolo de su conocimiento y expresa este conocimiento, sea en el culto público de la Tragedia, sea en las fiestas secretas de los Misterios dramáticos; pero siempre bajo el velo del mito antiguo. ¿Cual fué esta fuerza que libró á Prometeo transformando el mito en heraldo de la sabiduría dionisiaca? Fué la fuerza hercúlea de la música: cuando la tragedia llegó á su más alta expresión, entonces supo interpretar el mito con una fuerza nueva y un sentido más profundo; esto es lo que más arriba hemos caracterizado como la más poderosa facultad de la música. La suerte de todo mito es caer poco á poco en una realidad que en una época posterior cualquiera es considerada como un hecho aislado, y los griegos estarán al presente inclinados en absoluto á transformar arbitraria y sutilmente todo los mitos soñados por la juventud en historias y pragmáticas. Así suelen morir las religiones: cuando los mitos que forman la base de una religión llegan á ser sistematizados por la razón y el rigor de un dogmatismo ortodoxo en un conjunto definitivo de sucesos históricos y se comienza á defender con inquietud la autenticidad de los mitos; cuando en una palabra, el sentimiento del mito desaparece para ser reemplazado por la tendencia de la religión para buscar fundamentos históricos, entonces ese mito agonizante se ampara del naciente genio de la música dionisiaca, y en su mano el este mito florece una vez más como una rama cubierta de flores con colores desconocidos y un perfume que hace nacer el presentimiento de un mundo metafísico.

Después de este último florecimiento mue-

re, sus hojas caen, y bien pronto los Lucianos escarbadores de la antigüedad se fuerzan en buscar las flores descoloradas que arrastraron los vientos. El mito adquiere en la tragedia su alcance mas profundo, su forma más expresiva; se revela como un héroe herido, y en su mirada ardiente brilla poderosamente el último destello de fuerza al mismo tiempo que la calma clarividente de la muerte.

¿Cual era tu fin sacrilego, Eurípides, cuando intentabas utilizar aún éste agonizante? Pereció en tus manos brutales, y entonces recurristes á una contrafigura del mito que, como el mazo de Hércules, no sirvió más que para perifollo de la chifladura pomposa de la antigüedad. Y perdiendo la inteligencia del mito, perdistes también el genio de la música; en vano tus manos ávidas ensayaron recoger todas las flores de su jardín; no conseguistes más que una contrafigura, y porque negastes á Dionisios, Apolo te abandonó á su vez. Volvistes á sujetar todas las pasiones para encerrarlas bajo tu dominio, ajustando los discursos de tus héroes á una dialéctica sugestiva, cuidadosamente *rebuscada*—las pasiones de tus héroes no serán jamás sino una contrafigura de las verdaderas pasiones, su lenguaje quedará siempre como una imitación.

(10—*El origen de la Tragedia.*)

MARIO DE ALBA

## ACTUALIDADES

Don Juan Tenorio

Todos los años reaparece sobre la escena la legendaria figura de nuestro Don Juan. Viene acompañada de las persistentes lluvias otoñales que, con monótono chapoteo, llenan de lodo las aceras; de el cielo gris que sustituye á los azules estivales; de las hojas amarillentas y mustias que empiezan á caer y que se amontonan en los rincones de los abandonados paseos... Con el galán invencible é irresistible llega la conmemoración de los difuntos, y no parece la representación de la romántica obra sino un acto de rutina oficial, como lo es el

de recordar á los muertos con aparatosa magnificencia el día primero de Noviembre.

El ir al cementerio por la tarde á contemplar el lujo de siemprevivas y pensamientos de trapo, de cirios que duran un día, como la flor del poeta, y de crespones de alquilón, es una fiesta que se completa por la noche con la representación del *Tenorio*. Nadie podrá creer en el invierno entrante sin haber visto por las esquinas los carteles orlados de negro y con grabados macabros que coinciden con los escaparates de las funerarias llenos de coronas amarillas y de violeta.

Poca atención suele prestarse á la obra de Zorrilla. Recita el público los versos como colectivo apuntador de los indiferentes actores y les precede en la repetición de redondillas y de ovillejos; todos saben la obra de memoria y todos acuden á oirla para olvidarla después durante los restantes días del año; es una intermitencia que sobre los tablados resucita el olvidado romanticismo por dos ó tres noches, para tornar á la marcha cotidiana de nuestra escena, cada vez más decadente y menos productora de obras notables. Todo pasa, y el romanticismo pasó para no volver, con todas sus grandezas, con todos sus héroes, sus hermosas, sus caballeros y sus dueñas. Solamente Don Juan Tenorio sigue viviendo esa efímera vida de estos pocos días. La costumbre lo ha consagrado, y esta nueva ley, hermana de la rutina y que por desgracia es la norma en nuestra tierra, nos vuelve á llevar ante el burlador de Sevilla, sus estocadas, sus amores y sus pistoletazos. Siempre se aplaude. Las décimas que desde niño murmura todo español medianamente culto, resuenan en el oído como alta novedad no escuchada y digna de admiración; el banco de la quinta de Don Juan, con su poesía venenosa y ardiente, arranca el aplauso unánime; las demasías posteriores, la aparición de las víctimas en el sacrilego convite y la venturosa y redentiva apotheosis, colman por completo las entusiastas aspiraciones de los admiradores eternos.

Es el «Don Juan» un drama juzgado y discutido por todos. Esos espíritus que no conociendo palabra de la técnica literaria, que no

teniendo educado el gusto para el arte, repiten lo que oyen ó se dejan llevar de su anémico y raquítico entendimiento, suelen, por darse un tono efímero de conocedores, hablar mal de la obra. Quienes la tachan de exagerada, de anacrónica, de incorrecta, repiten los descuidos de forma, hijos del autor novel, del joven poeta que, sintiendo en toda la grandeza de su alma la concepción artística, no llegó al perfeccionamiento en la forma, por desanimación ó por injustificada prisa, por esa fiebre de concluir, hija de los años juveniles y que deja imperfectas ó esbozadas las obras de arte. Los detractores del drama niegan su originalidad absoluta; hablan de «El Burlador de Sevilla», de los «*Don Juan*» de Moliere y de Byron, no comprendiendo ó aparentando no comprender, que el alma española que vive dentro de ese tipo genuinamente nacional, necesitaba, para vivir en nuestra escena, la mano de un gran poeta tan español, tan genial, tan nuestro, como el autor de las « *Leyendas y tradiciones*», y que es imposible que viva, y demuestra su vida en lirás (siquier mejor templadas que la de Zorrilla), exóticas y lejanas de nuestro modo de ser.

Don Juan Tenorio es el español, no el del siglo XVI, de recamada trusa, flotante capa, pluma en el gorro sedoso y tizona de cazoleta y gavilanes, es el español de todos los tiempos anteriores y posteriores al drama de Noviembre, desarrollado junto al Guadalquivir en la época del emperador Carlos V. El desafío y el amor han tenido y tienen sus tenorios en todas las épocas y en todos los pueblos de nuestra España; lo mismo en tiempos de Don Juan II y del Condestable Luna, que en los principios románticos del siglo XIX, en que nuestros abuelos, melencólicos y flacos, amaban á diestro y siniestro y se batían á espada y á pistola por un daca las pajas, evocando todavía en la época del pantalón abotinado y del frac azul las tradiciones tenoriescas. El Tenorio vive hoy, existe en la clase popular, entre esos obreros que se dedican á la conquista de mujeres, con fama de guapos y de pendeñeros, y si hoy no se escalan los claustros, todo el mundo conoce en España bastantes señori-

tas víctimas del rapto de un burlador y arrancadas del seno de las madres y hasta de la tutela de las religiosas, para ser abandonadas después por el galán fementido.

Si el escudero Ciutti parece no existir, no faltan criados de grandes señoritos que les ayudan y guardan en sus amorosas aventuras; la repugnante trotaconventos que por un puñado de monedas asalta con tóxicas insinuaciones el puro corazón de la virgen Inés en provecho del libidinoso galán, existe, vive, se repite y ha repetido siempre hasta la saciedad en las sociedades modernas y en las pasadas; el Mejía burlado, el Comendador, hecha pedazos su honra y vencido en singular combate, pueden hallarse muy á menudo registrando los archivos de la criminalidad. Todo esto es de una certeza absoluta.

¿Qué encanto tiene, pues, el *Don Juan Tenorio*? Uno sin igual para el pueblo español que se vé retratado en el legendario personaje; el encanto de la exageración, unido al de la impunidad, terminada por el punto de contrición que borra en el Tribunal Eterno todas sus demasías.

Nada hay tan sugestivo para el pueblo como el ver al valiente, al hombre de corazón (llámese hidalgo, majo ó baratero), triunfar de la justicia vengadora. De ahí todo el aplauso que la plebe otorga á Don Juan.

Los que sólo ven en la obra un trabajo literario mediocre, lleno de ripios, que avergonzaron á su propio autor y no ensalzan y aquilatan las sublimes bellezas que encierra, son víctimas de dos errores. Muchos de ellos, como dijo *Clarín*, aprendieron de memoria los versos del *Tenorio* antes de tener suficiente discernimiento para estimar su valor, y otros no se hallan dotados de inteligencia suficiente para poder apreciar todo lo grande de la creación poética. El acto del convento es todo él una maravilla inmortal, y diseminados por la obra hállanse á cada paso episodios sublimes. ¿Por qué culpar al vate capaz de concebir estas figuras de la debilidad de los ovillejos y de los ripios de ciertas escenas? Todos los románticos fueron defectuosos en la forma. En cambio, casi todos los escritores actuales,

por cuidarla mucho, sólo tejen un manto para cubrir con riquezas la miseria y debilidad del fondo.

Siga, pues, viniendo á nuestro teatro ese oasis de romanticismo que llega cuando parten las golondrinas. Cómicos buenos y malos repitan, vestidos de relumbrantes brocados ó de miserables percalinas, los versos sublimes, las situaciones amorosas y terroríficas del valiente Don Juan y los dulces pensamientos de la hermosísima y pura novicia de Calatrava. ¡Ojalá tuviéramos cada mes una fecha célebre que nos trajera el viento fresco de una clásica ó romántica producción, renovando en nuestras almas y en nuestros cerebros los siglos de oro de nuestra literatura!

CÉSAR JUARROS

## LA MÁS TRISTE DE LAS HORAS

(APUNTE)

Allá á lo lejos, en el fondo de un pobre jardín donde dos fuentes de verdinegra patina cantan incansables, se oye lenta, dolorosa, gemidora una vieja campana.

De entre las revueltas ramas van saliendo poco á poco los cuerpos de las enfermas, entre un coro de ayes, quejas y lamentos. Un viento de tristeza inextinguible corre bajo las bóvedas de la sala. Toda una horrible visión dantesca, infernal, aparece. Son carnes blandas, arrugadas, rugosas, amarillentas. Cuellos surcados por tendones en desiguales tiranteces, hombros agudos como espolones, manos secas, costrosas; troncos doblados, deformes; todo apergaminado, lacio, y en todas partes, enormes pliegues de piel sobrante; hondos surcos, grandes manchas de todos los tonos, de todos los colores, distribuidas en dolientes contrastes. ¿Y las cabezas? Abrumadoras, inclinadas, con pasividad de cosa muerta; ojos apagados, umbrosos; profundas ojeras; narices afiladas, inquietas, investigadoras; bocas sin labios, sin dientes, hundidas, y en su fondo, lenguas húmedas, blanquecinas, temblorosas, cual ex-

traños reptiles. Las orejas aplastadas, dejando salir por el conducto auditivo tropeles de pelo enmarañado, fuerte, salvaje, invasor, como esas plantas tristonas y desconsoladas que viven junto á las vías de los ferrocarriles abandonadas. Cabelleras pobres, ruines, de grandes islotes, de cenicienta tonalidad, ásperas, crespas, con grandes pecas ocráceas junto á su nacimiento. Las ropas tienen una bufonería cruel, una incoherencia que asusta, que hace huir. Camisas remendadas, llenas de parches, de formas raras, anómalas, inverosímiles; grandes costurones largos, sinuosos, llenos de cimas y quebraduras; trozos de cinta de color indefinible, y sobre todo ello grandes lamparones de vino, de café, de caldo, de leche, de mil cosas imposibles de precisar. Chambras desgarradas, por cuyas ventanas y como de un horno, salen mil nauseabundos olores de cuerpo fatigado, de sudor, de falta de limpieza. Corpiños risibles de bayeta amarilla, abrigos masculinos torpemente arreglados, blusas viejas, olvidadas; todo pobre, todo roto, todo sucio, todo ofensivamente feo...

Por entre las dos hileras de camas avanza la hermana joven, sana, fuerte, mascullando inconscientemente una oración, y tras ella, las enfermeras con sus caras estúpidas de alcohólicas, con sus peinados relucientes de bandolina, con sus delantales y manguitos blancos, con sus faldas cortas mostrando piernas cilindroideas, iguales, terminadas en grandes zapatos, que sobre las baldosas blancas y negras resuenan como martillos. En cada lecho dejan un plato de hojalata oxidada, un tenedor roto encorvado, sin punta y una cuchara honda, curva, desgastada...

Seca, vigorosa, prolongada por un eco que se extingue contra los vidrios de las ventanas como una queja de extraño sentimentalismo, suena una palmada. Entran los enfermeros con grandes ollas y grandes cazos. Indiferentes, aburridos, perezosos, van echando en cada plato un cucharón de una bazofia sin color, que huele y sabe á botica. En el líquido nadan, cual peces muertos, trozos de patata, de fideos aglutinados, viscosos como engrudo; y todos los cuerpos se enderezan, y todas las

manos se alargan, y todos los ojos se animan, y todas las bocas se entreabren con un ánsia glotona que entenebrece el alma, que ahuyenta por largas horas la dicha.

Las cucharas bajan y suben sin descanso. Nadie habla, todas las bocas están llenas, sólo se oye el ruido de las mandíbulas acompañando el monótono golpear de la cuchara en el plato. El espectáculo es horroroso, inolvidable. Unas comen como si rezaran, otras parecen vengar en la comida las injusticias sociales, muerden con rabia; no faltan las que tragan sin masticar, son muchas las que miran á su alrededor como las fieras cuando temen que las arrebaten su presa, y todas se olvidan de sí mismas para comer, para devorar. Los instintos salen á la superficie y los ojos se recrean en el mortecino color del caldo, llevándose la cuchara á la sima de la boca con una mano, torpemente trazando largos manchones sobre el embozo, mientras con la otra, agitando los dedos largos, afilados, terminados por corvas y negras uñas, espantan las moscas que vuelan sin descanso sobre el plato...

Desde lo alto del antiguo y florido altar, cruel, vengadora, la diosa *Hambre* sonríe burlona afilando sus garras contra el mármol de un letrado que, consolador, dulce, lleno de vana unción y adorables esperanzas, contiene estas sencillas palabras: Amaos los unos á los otros.

---

J. RUVIRA JIMÉNEZ

## TEATROS

*In statu quo* pudiéramos intitular el epígrafe de esta revista, que si es modesta, no deja de ser franca.

Y no es que opine como discurren los atildados críticos amantes de las frases salientes; no, mis queridos lectores, nada de eso.

En la época que atravesamos, ser autor ó crítico se consigue á bien poca costa, y es la verdad que tampoco se considera su labor por meritoria.

Yo por eso acepto solamente el trabajo de

cronista sincero, y creo con ello eludirme de censuras que merecería de aceptar tal labor y conseguir de este modo el agrado de mis queridos compañeros, encargados, como yo, de revistas de teatros.

Teniendo en cuenta estas consideraciones y recordando, á propósito del género chico, cierto cuentecillo en que determinada gitana, después de pedir clemencia al Juzgado municipal por los palos que le aplicaba su cónyuge, manifestaba ante el Juez que ella tenía la culpa de la agresión y que prefería soportar ella la paliza que no ver que su *mario se la arrimase á otra*; confieso ingénuamente que no me disgusta el género chico, aunque comprendo que ha alcanzado su grado máximo de degeneración; pero los *morenos* lo consienten... y es lo suficiente.

Ocurre como con una mujer de vida airada que la explota un rufianesco individuo. La sociedad, que es lo mismo que el público para este caso, lo consiente, pues siga la danza.

Y después de estas pequeñas digresiones, ocupémonos de los teatros.

#### PRINCIPAL

La simpática actriz Toñita Pellicer y su papá el veterano autor dirigieron la ejecución del «Tenorio» con el esmero que el fantástico drama requiere.

Mis queridos compañeros Iborra, Guerra y otros conocidísimos actuaron en calidad de gentes del pueblo que rodean al Tenorio en el primer acto. Estuvieron muy discretos.

El Sr. Pellicer y su hija recitaron con acierto las fantasías de Zorrilla.

#### RUZAFÁ

El cartel sigue anunciando *El pobre Valbuena* y *Los picaros celos*. Aunque reconozco que ninguna de dichas obritas puede entusiasmar á la concurrencia, digo, como he manifestado al principio: las gentes lo aplauden, pues siga la danza.

Se anuncia el estreno de *El rey del valor*.



#### GLOSAS Á LA VIDA.

Como seguramente habrán notado los lectores, donde dice en la Crónica del presente número *cornicantes lámparas*, debe decir *coruscantes*.

\*  
\* \*

El redactor-jefe de esta REVISTA les agradece mucho á los Sres. Buylla, Villegas (Zeda) y P. González Blanco, las frases laudatorias que han dirigido á su última producción literaria.

\*  
\* \*

Ya en máquina el presente, número recibimos el tomo XL de la preciosa Biblioteca Mignon, titulado *Hojas de la vida*, original del gran artista Rusiñol. Dicho libro lo ha traducido del catalán nuestro querido compañero y colaborador Eduardo López Chavarri.

En el próximo número rendiremos los debidos honores al autor del *Póble gris* y á su alma gemela el cultísimo traductor del libro que se nos envía y que agradecemos.

\*  
\* \*

¡Cuántos disparates les han hecho decir el odio á Maura, léase la nostalgia de poder, á ciertos rotativos! Uno de ellos, en són de burla y comentando las frases del Presidente, decía: «Cualquier estudiantelo de Geometría sabe que al Salón de Sesiones del Congreso no se le puede llamar círculo...»

Pues bien, no cualquier estudiante de primer año, sino el más torpe parvulito comprenderá que al llamar Maura círculo al Congreso no pensó siquiera en figuras geométricas...

\*  
\* \*

Nada entorpece y nubla tanto la inteligencia como el amor ó el odio.

\*  
\* \*

Han coronado por fin al rey de Servia. Hacemos votos para que no lo descoronen los... amigos.

\*  
\* \*

Librepensadores que van precisamente á Roma para retar á poderes espirituales que deben tenerles sin cuidado, ni son libres ni pensadores.

El maestro *Clarín* tenía razón: el fanatismo no lleva cogulla solamente.

\*  
\* \*

Desconfía de las rectas intenciones de los ciudadanos que se empeñan en analizar gramatical y literariamente las leyes.

\*  
\* \*

Tratemos á los políticos como á las demondaines, con desconfianza y sin pasión. Nunca está más justificado el supremo egoísmo.

\*  
\* \*

Si el complicado y conceptuoso discurso que Sánchez Toca leyó en el acto solemne de la apertura de los Tribunales lo redacta Unamuno... éxito colosal. Lógica, lógica, lógica.

\*  
\* \*

Dos retazos de un mismo artículo:

«J. Brandao, el periodista portugués, al presenciar la procesión (la de las banderas republicanas en Barcelona), todo era decir que en España gozan de mayor libertad que en Portugal porque estas manifestaciones son posibles y la autoridad no interviene para disolverlas...»

«...Y apenas terminada la comida, la multitud prorrumpió en un clamor delirante Iba á plantarse (señor articulista: ¿no diría mejor iban á plantar?) el árbol de la libertad, esa libertad que apenas tiene hoy sitio en España para crecer y arraigarse...»

\*  
\* \*

En una reunión los socialistas despotricaron contra la prensa, haciéndola culpable de las persecuciones que sufren, y acabaron diciendo: «su destrucción se impone...»

¡Vaya una manera de corresponder á las finezas!

\*  
\* \*

Cuando te busquen con insistencia piensa siempre que desean tus servicios ó tu dinero.

Nadie se tomará tanto trabajo por favorecerfe.

\*  
\* \*

El aumento de la criminalidad en esta época se debe casi exclusivamente al alcoholismo. En todos los tiempos han bebido las gentes, pero de veinte años á esta parte, bien sea por la pésima calidad del alcohol ó por el flamenquismo y matonismo reinantes, se suceden los delitos de sangre con aterradora frecuencia.

Los gobiernos, dejando aparte y dando de mano á sus luchas políticas, las más veces inútiles ó triviales, debieran fijar su atención de un modo sério en estos hechos para poner remedio al mal. Deben, sin perder tiempo, promulgar una ley severísima contra el uso ilegal de armas.

Apenas hay ciudadano que salga de casa sin el correspondiente Smith en el bolsillo; de ahí que lo que podía solventarse con tres ó cuatro cachetes ó bastonazos á lo más, termina casi siempre por un crimen que llena de luto á dos familias.

Es preciso pensar en esto y ponerle fin.

\*  
\* \*

La joven clase escolar, fogosa por la edad, vehemente por la sangre y escitada por la aurora de la vida, es la primera que debe alejarse del matonismo al uso.

Desgraciadamente se ha hecho moda el acudir á los Colmados, beber sin tasa y hombrearse con los perdidos, arrojando las consecuencias de una vida de disipación y deshonrosa para el joven de quien la patria lo espera todo en el porvenir.

No negamos que la inmensa mayoría son jóvenes estudiosos, consagrados á la ciencia y que solo rinden tributo á las expansiones naturales y lógicas en la hermosa juventud á las travesuras, amoríos y bromas tan propias de su divina edad.

Pero ellos deben comenzar la obra de cultura y de moralización procurando alejar á sus extraviados compañeros de la podredumbre que les amenaza.

\*  
\* \*

Los libre-pensadores que han ido á Roma para celebrar el Congreso anticlerical se han quedado sin ver lo mejor de la Ciudad Eterna. El Papa, como era natural, ha cerrado á sus enemigos los museos del Vaticano.

De modo que los muchos artistas de corazón que han ido á ello, quizás aprovechando la baratura del viaje, sólo han podido recorrer las *vias* romanas, nada limpias, y contemplar las hermosas ruinas del tiempo de los Césares.

Tanto se peca por carta de más como por carta de menos. Las peregrinaciones católicas, tan numerosas y entusiastas, sólo pueden ver en un día, atropellándose y con incomodidades terribles, las inmensas obras de arte que encierra el palacio de los Pontífices.

De modo que en los viajes á Roma, lo mejor es ser eclesiásticos.

Y aprovechar todo el tiempo posible, guardándose las ideas en el bolsillo.

Sólo así puede obtenerse fruto de la visita.

\*  
\* \*

El día en que los hombres consigan saberlo todo será el postrero de su felicidad.

\*  
\* \*

La primera pregunta que hacen las mujeres al que las solicita por esposa, es la referente á su porvenir; en cambio, es la última que le hacen al seductor ó al amante...

\*  
\* \*

La gloria, como el buen vino, no altera á los fuertes y embriaga á los débiles.

\*  
\* \*

La inmensa mayoría de los tontos habla mal de la mujer. Sólo el hombre de talento la venera y ensalza como merece.

\*  
\* \*

Los pueblos salvajes luchan con menos encarnizamiento que los civilizados. La perfección de las armas ofensivas nos acerca de tal modo á la barbarie, que llegaremos á envidiar á los que sólo conocen el arco y la flecha.

\*  
\* \*

El duelo es un asesinato cuando no es una ridiculez.

\*  
\* \*

El alma de los niños encierra toda la venalidad y defectos del hombre. La educación es sólo quien la transforma.

---

## IMPORTANTE

En la sección bibliográfica de esta Revista daremos cuenta detallada de todas aquellas obras de las cuales nos sean remitidos **dos ejemplares** por sus autores ó editores.

De las que recibamos **un ejemplar** haremos mención con nota de su precio y condiciones.

---

## ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales y sólo se publicarán los que á juicio de la Redacción lo merezcan.

Rogamos á los escritores de la región levantina, cualquiera que sea su residencia, nos envíen nota detallada de sus obras, precio y puntos de venta para ser anunciadas.

### *Precios de suscripción*

Semestre. . . . .	2'50 ptas.
Trimestre. . . . .	1'25 »
Número suelto. . . . .	0'20 »

REVISTA DE LEVANTE se publica los días 1.º y 15 de cada mes y constará de 32 páginas con elegantes cubiertas en color.

Toda la correspondencia al Redactor-Jefe

Redacción y Administración: calle de Colón, 31, bajo.—Valencia.

---

Valencia.—Imp. de J. Guix, Miñana, 7 y 9.